

Antología del Certamen Literario

Migrantes en el SIGLO XXI



2019



CeDIE
Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo



MIGRACIONES

Antología del Certamen Literario

Migrantes
en el
SIGLO XXI



2019

Centro de Documentación e Información Educativa Alicia Pifarré
Migrantes en el Siglo XXI 2019 : antología del certamen literario / editado por Tomás
Watkins. - 1a ed - Neuquén : Centro Editor, 2020.
100 p. ; 21 x 14 cm.

ISBN 978-987-47407-5-5

1. Literatura. 2. Inmigración. I. Watkins, Tomás, ed. II. Título.
CDD 860

CONSEJO PROVINCIAL DE EDUCACIÓN DEL NEUQUÉN **Ministra de Educación y Presidenta del CPE**

Prof. Cristina A. Storioni

CENTRO DE DOCUMENTACIÓN E INFORMACIÓN **EDUCATIVA ALICIA PIFARRÉ** **Director Provincial CeDIE**

Bibl. Iván Ramiro Nicola

Director General de Asistencia Técnica

Tomás Watkins

Diseño y maquetación

Iván Moyano

Diseño de tapa

Andrés Iommi

[cedie.neuquen.edu.ar/CENTRO EDITOR](http://cedie.neuquen.edu.ar/CENTRO_EDITOR)

Fecha de catalogación: 17/12/2020

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

Se permite la reproducción del contenido siempre que se cite la
fuente.

Esta antología conformada por relatos, escritos por jóvenes estudiantes de los últimos años de la Escuela Secundaria Neuquina, y seleccionados a través del certamen “Migrantes en el siglo XXI”, son el resultado del gran trabajo desarrollado también por familiares, profesores y profesoras de los jóvenes que lograron expresarse.

Estas narraciones reflejan una multiplicidad de sentimientos encontrados, que le permiten al lector conocer la percepción de los jóvenes con relación a los movimientos poblacionales, como un derecho humano universal incuestionable.

Prof. Cristina A. Storioni

Ministra de Educación y Presidenta del CPE

“Migrantes en el Siglo XXI”, edición 2019

“Migrantes Siglo XXI”, como concepto, esconde un anhelo de compromiso con quienes en este siglo principiaron la gran empresa de migrar de sus terruños, dejando su patria, sus hogares, sus seres queridos, para ir en busca de cobijo en tierras lejanas. Así emprendieron su marcha en el drama y la incertidumbre para ir en busca de la felicidad, que muchas veces se les volvió esquiva.

Sabido es que muy pocos emigran por su propia voluntad o sin involucrar cuestiones exógenas a su propio sentir, sino que la inmensa mayoría tuvo que afrontar la odisea por motivos de persecuciones políticas, religiosas, raciales o escapando de la hambruna que sesgaba el porvenir propio y el de los suyos. Así, pasado el calvario al que tuvieron que sobreponerse para llegar a sus destinos, cuando al fin y después del odioso peregrinar culminaron sus proezas, se enfrentaron a la penuria de tomar cabal conocimiento de que apenas habían iniciado su travesía; aún por delante les retaba superar los lacerantes obstáculos de la violencia contra ellos en el “oasis soñado”, sea por ignorancia o tiranía: sin distinciones de clases sociales, condiciones culturales, sexos o edades.

“Migrantes Siglo XXI”, como concurso literario, fue pergeñado con la finalidad de que nuestra sociedad se preparara desde la cuna misma de su intelectualidad para ver al inmigrante como ese ser humano, de carne y hueso, igual que todos, como ese ser humano herido, cansado, sufriente y angustiado, que en su drama peculiar busca en tierras lejanas su anhelo de felicidad para sí y su familia, y que para lograrla tiene que superar las miserias de los propios hombres y mujeres del lugar que pretendía habitar.

El concurso trata de un desafío a los estudiantes: en un esfuerzo espiritual y piadoso, se coloquen por unos momentos en el lugar de ese cuerpo lacerado, andrajoso y hambriento, a fin de que puedan reflexionar sobre las heridas que les propinamos cuando nos desentendemos de esas realidades; que no son otras que realidades de nuestra propia humanidad.

Por último, pero no menos importante, es dable mencionar que “Migrantes Siglo XXI” es fruto de un esfuerzo mancomunado entre la Dirección Nacional de Migraciones Delegación Neuquén y el Consejo Provincial de Educación, a través del CeDIE. Dos instituciones comprometidas con la humanidad de nuestra Patria. Mi agradecimiento especial a la Lic. Andrea González y al Director General de Asistencia Técnica del CeDIE, Tomás Watkins, quienes hicieron posible la concreción de este desafío.

Dr. Ricardo E. Leszczynski
Delegado Nacional Migraciones Neuquén

Presentación a MIGRANTES EN EL SIGLO XXI edición 2019

En 2018, la Dirección Nacional de Migraciones Delegación Neuquén y el CeDIE pusieron en marcha un concurso literario con el objetivo de abrir un espacio para que la juventud pudiese expresar sus ideas respecto de la migración de personas en este siglo, tan distinta y, a la vez, similar a la de tiempos anteriores. Este volumen reúne trabajos presentados durante la segunda edición del certamen, que se llevó a cabo en 2019.

El certamen literario “Migrantes en el siglo XXI” fue lanzado para estudiantes de últimos años de escuelas secundarias públicas de la Provincia del Neuquén, en todas sus modalidades, como también para establecimientos de educación superior. La edición 2019 contempló la posibilidad de presentación de trabajos por grupos o equipos, lo que constituyó otro aliciente en materia de inclusión y fomento de la escritura.

Nuestra tarea como miembros del Jurado fue decidir el orden de mérito en relación con el otorgamiento de premios que el certamen dispuso. Quienes resultaron merecedores de las distinciones fueron Judith Canario, Martina Sandoval y Melina Antonella Chamorro, mientras que María de los Ángeles Sisterna, Alexis Cervetti y la tríada conformada por María de los Ángeles Quilapi, Karen García y Yoana Constanzo recibió menciones de honor.

Los trabajos reunidos en el presente volumen participaron del certamen. Nos fue muy grato comprobar que imaginación y creatividad abundan en la juventud de nuestra provincia. A pesar de que muchos no se ajustaron al lema del certamen, celebramos que sendas competencias impulsaran la inspiración y

la escritura.

Al igual que en la edición anterior del presente certamen observamos, como un signo saludable de estos tiempos, que en las tramas aflora la manifestación, en clave ficcional, de asuntos vinculados a violencia de género, trata de personas y el rol de la mujer en la sociedad. La invención de historias posibles, de ficciones que abrevan de lo real, le otorgan a estos relatos el extraordinario valor de testimoniar nuestra época a través de la mirada de la adolescencia.

Hacia el final se incluye, fuera de concurso, la historia de vida compartida por la docente Sandra Fierro Vallejos, relatada con crudeza y humor.

Agradecemos muy especialmente a la Dirección Provincial de Educación Secundaria por haber organizado el trayecto de visitas a los establecimientos educativos, y la asistencia permanente en diversos tramos del proyecto.

Ricardo Koon, Nazarena Monsierra, Tomás Watkins
Jurado Certamen Literario Migrantes en el Siglo XXI

Soy Sarabi...soy Adeline

En las noches de verano como ésta, en donde el aire tibio te golpea el rostro, me tiro sobre el césped, cierro los ojos y comienzo a recordar quién soy... Soy Sarabi, Nací en Likouala, una región de la República democrática del Congo. Mi tribu se llamaba Molnkele, que es el nombre de una bestia que vive en los pantanos del río, y según los líderes más viejos de mi tribu, nos cuidaba del peligro. Mi tribu quedaba en medio del espeso bosque, todo era de un verde intenso al lado de un río, mi casa estaba hecha de barro, paja y madera, si cierro los ojos puedo sentir el aroma de mi hogar; recuerdo de aquellos tiempos que reía mucho a pesar de las miserias de vivir en la selva, en donde a veces la caza y la pesca no andaban nada bien, y sólo nos alimentábamos de hortalizas, raíces, bichos y frutas silvestres. Tenía varios amigos de mi edad, jugábamos todo el día a la orilla del río, explorábamos la selva, subíamos a los árboles, jugábamos bajo la intensa lluvia.

Una noche de verano de 1981, en donde el aire tibio te golpea el rostro, estaba tirada sobre el césped, ya casi dormida, y de pronto escucho los gritos desgarradores de mi madre, "Sarabi Sarabi, corre, corre". Me levanté asustada y vi el fuego que venía de la tribu, corrí a buscar a mi mamá y a mi hermana pequeña y pude ver entre las llamas el horror: eran los hombres malos de los que siempre hablaba papá y nos decía que, si algún día aparecían, debíamos correr y escondernos, porque si nos atrapaban nos podían hacer cosas muy feas... Corrí lo más rápido que pude, corrí y mis lágrimas no paraban de caer, tenía miedo, quería volver, pero no me detuve hasta que encontré un árbol muy alto al que trepé, y desde lo más alto podía ver cómo el fuego consumía mi hogar, pero no podía distinguir ni a mi mamá, a mi papá, ni a mi hermana Sika, sólo se oían disparos y

gritos que se perdían en medio de la oscuridad... No sé cuántas horas habían pasado, el sol estaba saliendo y decidí volver, caminé sigilosamente todo el tiempo, el miedo hacía que mi cuerpo transpirara frío. Cuando estaba cerca sentí risas de esos hombres, y los gritos y pedidos de las mujeres que decían ¡por favor, no! y recordé cuando papá nos decía que ellos nos podían hacer mucho daño. Me quedé inmóvil y en silencio, no sé por cuánto tiempo, y de pronto, otra vez comienzan los disparos y los hombres malos gritaban y corrían, me escondí detrás de unos arbustos grandes, temblaba... de pronto todo se volvió nublado y caí...

El sol me daba justo en los ojos, desperté en medio de mi tribu, en medio de cenizas, en medio de cuerpos ensangrentados, cuerpos muertos, me levanté y empecé a gritar y llorar, llamaba a mi mamá, a mi papá, a mi hermana, pero nadie respondía, gritaba fuerte, tan fuerte que llegó un hombre vestido de verde a gritarme y zamarrear me (después me enteré de que eran soldados franceses que habían llegado a ayudarnos, lástima que llegaron tarde). De pronto, en ese zamarreo veo a lo lejos a mi madre entre todos los otros cuerpos, me solté de ese hombre y corrí hasta ella, caí de rodillas, la abracé esperando que despierte, pero su corazón ya no latía. Miré a mi alrededor y algunos niños estaban igual que yo, llorando a sus padres y hermanos, ¿Dónde está mi padre y mi hermana Sika?

De pronto se escuchó que llegaba un camión, y empezaron a subir a todos los niños que estábamos ahí, corrí hacia el bosque a esconderme y en 10 zancadas que di, siento que me agarran del brazo, era uno de esos hombres de verde, comencé a patearle las piernas largas y gruesas, él se inclina hacia mí lentamente, observo el pasamontañas negro que cubría su rostro y haciendo contraste me encuentro con unos ojos del color del cielo, nunca había visto unos ojos tan hermosos, quedé inmóvil ante ellos, él me sonrió, con esa sonrisa piadosa, con esa sonrisa que ayudó a calmar un poco el tambor de mi corazón, secó mis

lágrimas y sólo pude agárrame de su cuello y no quería soltarlo, tenía miedo, él me alzó en sus brazos y me llevó al camión, pero yo no lo soltaba, y gritaba, él entendía mi idioma y me dijo –no te voy a dejar...

Viajamos el día entero en ese camión y yo seguía agarrada de ese hombre, me dormí en sus brazos y cuando desperté seguía a mi lado. Su nombre era Alfred, soldado francés de 37 años que venía ayudar a la república del Congo por todo lo que estaba pasando con los cazadores furtivos, taladores de árboles y los guerrilleros que se escondían en esa zona por la espesura de la selva; esos hombres malos estaban matando a nuestro pueblo, nuestras raíces, y Alfred vino a rescatarnos. Llegamos a la ciudad, nunca había visto tantas cosas raras, gente con ropa de colores, animales en la calle, frutas, carne seca que colgaba de hilos, y mucha gente blanca, y yo seguía colgada del cuello de Alfred. Nos llevaron a un salón grande, con una larga mesa en medio, nos hicieron hacer fila y nos dieron pan y agua; yo seguía sin querer soltar a Alfred, hasta que una señora (después supe que era una monja) me sacó de los brazos de Alfred y me dio de comer, yo sólo lloraba, me había aferrado al hombre de ojos de color de cielo porque tenía miedo, pero él también se había ido y yo quedé ahí, se fue como se fue mi madre, mi gente, mi padre... Dónde estará mi padre y mi hermana Sika...

Al poco tiempo de llegar comienza anochecer; nos dieron una frazada y una almohada, me acerqué donde mi amiga Kisy que estaba con su hermana y les pregunté si había visto a mi papá y mi hermana, pero nadie sabía nada, yo no los vi en medio de esos cuerpos, sólo el de mi madre estaba ahí... Me fui a la ventana a mirar el cielo, a seguir llorando en silencio, la incertidumbre y el dolor eran tan grande que no cabían en mi cuerpo. De pronto siento una mano grande en mi hombro, me doy vuelta y ahí estaba el hombre de los ojos de color del cielo, lo miré fijamente y él me sonrió, secó mis lágrimas, me tomó

en brazos y me dijo que quería hablar conmigo. Me contó que estaba casado con Amira, que él no podía tener hijos, y que junto a su mujer habían comenzado unos trámites para adoptar un hijo (yo no entendía nada de eso), pero que había hablado con su mujer y quería llevarme a vivir con ellos como si fuera su hija, y que seguramente mi vida sería mucho más linda y tranquila que en el lugar al que pensaban llevarme. No tuve mucho tiempo para pensar, y tenía miedo, pero junto a ese hombre me sentía un poco más segura y hacía que se pasaran los fantasmas que se dibujaban en mi cabeza; no podía hablar, asentí con la cabeza, él sonrió y me abrazó.

Al otro día la monja me levantó temprano, me llevó a bañar y me pasó una bolsa con ropa. Yo no sabía cómo se usaba; ella me ayudó a vestir. Alfred me había comprado un vestido y zapatos, yo nunca había usado zapatos... de pronto saliendo de la habitación que me llevó la monja, veo mi reflejo en algo que llamaban espejo, nunca había visto mi imagen tan clara como en ese momento, sólo vi mi reflejo en el río algunas veces, miré mi pelo negro, mis ojos grandes, mi color de piel, mi cuerpo delgado y pequeño, cerré mis ojos y volví a pensar en mi hogar... Dónde estará mi padre y mi hermana Sika...

Con Alfred nos fuimos en camión hasta un aeropuerto, nunca había visto un avión y tampoco quería subirme a uno, pero –no podemos ir a París en camión, decía Alfred. Subimos y el avión partió y no pude evitar echarme a llorar, miré por la ventanilla hasta que se perdió el paisaje de mi selva, pensé en mi familia, en mi gente, en mi vida y que ya nada volvería a ser como antes, el miedo atravesó por mi espalda hasta sacudirme el pecho y me aferré a los brazos de Alfred hasta dormirme. Después de casi 8 horas de viaje en avión bajamos, caminamos un poco y ahí estaba Amira, la esposa de Alfred, su pelo era largo, liso del color del sol, su piel parecía transparente de tan blanca, sus ojos eran verdes, me miró y sonrió con una sonrisa

muy grande, Alfred la miró y me dijo –ella es Amira, tu nueva madre. Ella comenzó a llorar y me abrazó muy fuerte, no entendía qué pasaba, sólo me quedé quieta e inmóvil mientras los momentos pasaban a mi alrededor... Llegamos a su casa, era de color blanca muy grande, de madera con flores a su alrededor, por dentro había muebles hermosos. Conocí la televisión, la radio, el teléfono, me llevaron a un dormitorio con una cama grande, juguetes y muñecas que eran sólo para mí, pero lo que más llamó mi atención y me gustó fue el hermoso espejo con mariposas que colgaba al lado de la cama.

Alfred y Amira eran muy cariñosos conmigo, me sacaban a pasear, me compraron ropa, zapatos, juguetes, me daban muchos besos y abrazos. Conocí las golosinas, que me volvieron loca, las gaseosas y bebidas, hicimos viajes y, así, lentamente, comenzó a sanar mi herida, pero siempre, siempre rezaba al cielo para que me devuelva a mi mamá y me preguntaba dónde estarán mi papá y mi hermana Sika.

El primer año en Francia mis nuevos padres contrataron una institutriz; iba todos los días a ayudarme con el idioma, la lectura, matemáticas, historia, ella me tenía que preparar para que el año entrante ya pudiera ir a la escuela. Alfred y Amira comenzaron los trámites de mi adopción; debían cambiarme el nombre y entre todos los que me dieron a elegir el que más me gustó como sonaba era Adeline.

Es 2001, ya han pasado 20 años de aquel día, hoy tengo 26. Fui a una escuela donde había niños de mi color, lo que hizo que mi vida fuera más fácil. Aun así, tuve que aprender a ser fuerte, a enfrentar los insultos por tener color de piel oscura, que me hicieran bromas feas, dibujos en el pizarrón, golpes en el baño, pero siempre, siempre estaban los brazos de Alfred que me protegían y calmaban mis dolores de piel y de alma. No fue fácil acostumbrarme a otra vida, otras costumbres, otra gente, otra familia, todo era raro y nuevo. Me prometí a mí misma que

algún día volvería a mi amada tribu a buscar lo que quedaba de mi familia.

En casa es día de festejo: hoy me recibí de Pediatra. Están mis abuelos, tíos, primos, amigos de la familia, amigos míos, risas, música, baile; pero siempre necesito un momento a solas para recordar quién soy y de dónde vengo. He tenido una vida maravillosa, no me puedo quejar, Alfred y Amira me han dado todo y más, pero recuerdo a mi hermana y a mi padre y necesito saber dónde están, que pasó, qué hicieron; es por eso que ahora que ya me recibí, haré mi residencia de primer año en República del Congo. En medio de la selva hay un hospital pequeño, junto a un convento, que se encarga de la gente de las tribus cercanas y pueblos de los alrededores, y, según mis cálculos, mi casa estaría a 3 kilómetros de ahí. Al fin podré buscar a mi padre y a mi amada Sika. Los voy a encontrar, porque me lo prometí a mí misma y a mi madre la última vez que la vi. En cinco días volveré a pisar mi Likouala, me sacaré los zapatos, caminaré descalza por la tierra negra, mis pies tocarán el agua de mi río, treparé mis árboles, cerraré los ojos y respiraré mi aire.

Una noche de éstas, en donde el aire tibio me golpee el rostro, me tiraré sobre el césped de mi Likouala, cerraré mis ojos y comenzaré a recordar quién soy... soy Sarabi... soy Adeline.

Judith Canario



龍 “El dragón”

Todo empezó en 2005, en Fujian, China, en medio de leyes y jueces, en un país sobrepoblado donde el trabajo no alcanzaba y sólo te permitían tener un hijo por familia. Si venían dos bebés, uno era desechado. Sí, desechado, como si estuviéramos hablando de la basura que sacamos a la calle cuando se llena el tacho en casa. Un país de estas características se hacía chico para millones de habitantes y, para mí, un adolescente de 19 años, cuya madre adoptiva acababa de fallecer de una enfermedad que aborrecí desde el momento en que apareció, el lugar se hizo insostenible. Me vi solo, ya no me quedaba nada y no encontré otra opción que emigrar de ese lugar donde parecía que te ahogabas por falta de oxígeno. Dejando atrás a mis amigos, al vecino amable del negocio de la esquina, el negocio que ya tanto no visitaba porque lo único que había en mis bolsillos era hambre, tomé lo poco que tenía y partí. Así, solamente con mi anhelo de tener una vida mejor, un trabajo estable y comida sobre la mesa todos los días.

El 8 de agosto de 2005 zarpé en un barco viejo, desecho, pero lo suficientemente estable para transportar ilegalmente cuarenta personas al otro lado del mundo. Viajamos con la comodidad con la que se transportan animales: encerrados, a oscuras, todos juntos, y sin saber qué nos esperaba del otro lado del océano.

Éste fue un viaje de aproximadamente veinte días, con cero paradas y dos comidas al día. Entre tensión, nervios, mareos, el llanto de un padre dejando a sus hijos, el de una señora alejándose de su casucha de toda la vida y el de otras personas con vaya a saber qué historias sobre sus espaldas, me fui acostumbrando al pequeño infierno sobre agua salada. Finalmente, el veintiocho de agosto, llegamos. Ingresamos por el Río Cuareim,

desembocando en la frontera de Uruguay, miraba al sol y respiraba profundo, le sonreí a las nubes y tuve un momento reflexivo. Pensé: justo ahí estaba dando el primer paso del resto de mi vida. Cegado por la felicidad de salir de la oscuridad del barco, de llegar a un lugar nuevo, me sentí libre, vivo por un segundo. Pero Mujan, la mujer que me había prometido una gran vida, no me dio tiempo para pensar en lo que podría salir mal. Que en el tiempo que dura un suspiro, sus hombres armados me tomaron por detrás, revisaron mis cosas y me arrebataron mi documento, teléfono y pasaporte.

—Es por cuestiones de seguridad, las tendré guardadas hasta que el tiempo de trabajar para mí se te acabe— dijo Mujan en tono repulsivo.

Me metieron a mí y a cuatro personas más en un camión que transportaba fruta al sur de Argentina. Ya en camino, empecé a presentir que éste, mi primer paso fuera de mi país, sería más difícil de lo que había creído.

—¡Hagan silencio hasta pasar el control policial!— nos gritó el más grande y aterrador de los hombres de mi empleadora. Asistí con la cabeza y me di al silencio.

El policía le dio dos palmadas al camión y seguimos por la ruta. A nuestro alrededor sólo había descampado y silencio, un silencio tan inquietante que puso el ambiente de cabeza durante veinte horas, con alguna que otra parada en estaciones de servicios para ir al baño vigilados en todo momento; las dudas y el miedo crecían en cada kilómetro que avanzábamos.

—¿A dónde vamos? ¿De qué vamos a trabajar?— preguntó Jian, el tipo sentado a mi lado, con un tono alarmante.

—¡Guardá silencio, vas a hacer que nos lastimen!— susurrando y con la voz quebradiza, exclamó la señora mayor sentada a su lado.

—Los llevo a Neuquén, trabajarán en uno de mis restau-

tes— dijo Mujan, fijando su mirada en el camino, y resaltó *“espero disfruten su estancia”*, con un toque de ironía en su voz.

Durante las cuatro horas restantes del viaje, sólo se escuchó el chillido del caño de escape.

El veintinueve de agosto del 2005, la primera estación de radio que la antena tomó sólo trajo malas noticias:

“El Huracán Katrina dejó sólo miserias en cada paso que dio, se cuenta con al menos una cifra de 1.800 fallecidos hasta el momento”—. Dijo una voz desde la pequeña y vieja radio de aquel camión.

—Bueno, al menos algunos están en peores situaciones que ustedes, ¿no?— comentó Mujan de una manera tan fría y perversa.

—Totalmente, ustedes no están tan mal después de todo— se echó a reír su acompañante al ver nuestra expresión por el espejo retrovisor y sin recibir respuestas.

La señora, de al menos unos setenta y tantos, sólo lloraba en silencio aferrándose a un viejo rosario de madera; Jian temblaba mucho y el otro sujeto dormitaba cada tanto. Pensé,

—“¿cómo puede dormir con tanta paz en su rostro sabiendo que vamos camino a una ciudad que no conocemos, con gente desconocida y que, además, retuvieron nuestros documentos?”

Neuquén parecía una agradable ciudad, al menos por lo que logré ver en el momento en que nos bajaron del camión; el día estaba soleado, la gente se paseaba de un lado al otro, cargando sus bolsas de compras, sonriendo y divirtiéndose entre ellos, los veía tan despreocupados, completamente en un mundo aparte, sin apreciar lo que sucedía a su alrededor y sin siquiera darse cuenta que la persona a mi lado, que me tomaba del hombro como si fuera mi mejor amigo de toda la vida, en realidad cargaba una pistola y me apuntaba al riñón disimuladamente desde el bolsillo de su chaqueta negra.

Entramos por la puerta trasera del restaurante, que daba

a la cocina. La limpieza no era lo que abundaba en ese lugar, a simple vista podías notar que nadie había estado ahí desde hacía tiempo.

–¿Trabajaremos aquí?– preguntó la señora mientras pasaba su dedo por la mesada, para calcular tal vez la tierra que habría sobre ella.

–Sí, mañana 9 a.m. en punto los quiero a todos vestidos con la ropa que se les está entregando y listos para trabajar– dijo Mujan.

–¿Y nuestras tareas? ¿Qué hará cada uno? ¿Cuándo van a dejar de apuntarnos con sus armas? ¡Prometiste un trabajo, no dijiste que nos secuestrarías!– exclamó Jian y lanzó un escupitajo a los zapatos del hombre que le apuntaba la cabeza.

Gran error.

–Vas a aprender a callarte la boca y a no confiar en todo el mundo– gritó Mujan.

Sólo bastó un gesto con su cabeza para que sus hombres se lo llevaran a otro cuarto y le dieran una golpiza.

30 de agosto de 2005. Pasamos la noche en una especie de galpón con piso de madera, viejo, lleno de polvo y con una sola cama que, por supuesto, tomó la señora. El resto de nosotros nos adaptamos para dormir en un colchón en el piso. Bueno, “dormir”... creo que ninguno pudo conciliar el sueño y nos entregamos al insomnio la primera noche.

Eran las 8 a.m. y después de tan solo un té y un poco de pan como desayuno, atravesó la puerta la gran señora de las tinieblas, Mujan.

–Los quiero a todos trabajando a cada hora a partir de hoy, el negocio abre a las 12:00 p.m., cierra a las 16:00 p.m., retoma a las 20:00 p.m., y vuelve a cerrar a las 00:00 horas. El lapso de 16hs a 20hs lo tomarán para descansar. Ahora, sus tareas (dijo, mientras se paseaba de acá para allá como si estuviera prepa-

rando a soldados apuntó de salir en combate): Jian, lavarás los platos y ayudarás en la cocina al menos hasta que se te vaya el moretón del ojo y espero que ahora sepas cuándo es momento de hacer silencio. Abuela Mao, usted cocinará. Chang, el silencioso, estarás manteniendo la limpieza en el restaurante. Y por último, Ming atenderás las mesas. Volveré al medio día a verlos y recuerden: no hagan tonterías, mis hombres siempre están vigilando. Si alguien intenta salir, me enteraré, si alguien se queja, me enteraré, si falta dinero de mi caja, me enteraré, si tan sólo hacen un movimiento que me perjudique, me enteraré: evítense los problemas—.

Sin decir más, dio media vuelta y se dirigió a la puerta principal con sus tacones altos y su actitud de animal en guardia.

La mujer no mentía, sus hombres se turnaban para vigilarnos las 24 horas del día. La gente entraba y salía, la puerta estaba muy cerca, pero era imposible llegar a ella sin recibir una bala o una golpiza que te dejará, al menos, un par de huesos rotos.

Nuestra estadía era infernal. Durante las noches dormíamos en el viejo colchón que ya reconocíamos por su hondura en el medio, compartíamos un pequeño cuarto entre las cuatro personas que éramos, con un tacho como baño, sin teléfonos y sin televisor. Sólo una pequeña radio con la antena rota nos hacía compañía, gracias a ella podíamos escuchar alguna melodía antes de que la transmisión se cortara. Con un té para desayunar, un plato de fideos al medio día y uno de arroz por la noche, sin repeticiones para “ahorrar gastos”, trabajando en negro y cobrando dos monedas al mes, entre violencia, hostigados, saliendo del restaurante una vez cada uno por semana, rotando, sólo a comprar y siempre con un revolver sobre la espalda, fue pasando el tiempo rutinario y lentamente.

Perdí la noción del tiempo en aquel lugar, estaba agotado, enojado, desesperado y esperaba toda la semana para el día

en que era mi turno de salir, aunque sólo eran unas cuadras al mercado y volver; en el camino me gustaba ir a pie lento, observaba todo, buscaba e idealizaba posibles escapes, le prestaba mucha atención al parque de enfrente, el que ocupaba al menos dos cuadras, había que atravesarlo por completo para llegar al mercado, era una buena escapatoria si rápidamente me perdía entre los árboles. Pensaba: “este sujeto no puede sacar su arma y matarme acá mismo, está rodeado”. Planeé mi escape durante semanas. Pero casi sin fuerzas por el terrible estado anímico que cargaba, me daba cuenta de que no llegaría muy lejos, apenas podía moverme, me dolía el cuerpo por los maltratos y la poca comida. Así que así era rutina, fingía día a día que llevaba una buena vida cuando la realidad es que cuando los clientes se iban reconocía mi miserable existencia, que el cuerpo entero está morado, que pasaba las noches escuchando a la abuela Mao derramando lágrimas y rezándole a un Dios que claramente no existía, porque de ser así... ¿Dónde estaría ahora? ¿Por qué no intercedía por nosotros?

Los meses pasaron y yo perdía la esperanza de salir con vida de ese lugar. Una noche, mientras observaba el collar con dije de dragón que colgaba en mi cuello desde que mi mamá falleció, vinieron a mi mente recuerdos en China y desde la hondura en mi colchón me atreví a decir que no se veía tan mal la vida en aquel infierno.

El 30 de diciembre del 2006 se volvió excesivo el polvo en el salón; la abuela Mao comenzó a tener pequeños descuidos con los clientes en sus platos de comida y yo por mi parte dejaba vagar a los roedores libres por el comedor. En un sobresalto de escándalos, gritos, humillaciones y siendo señalados como repugnantes, logramos lo que habíamos planeado durante semanas, ser denunciados.

El 2 de enero del 2006 pasó lo que tenía que pasar:

-¡¿Qué es esto? ¿Cómo dejaron ustedes incompetentes que

esto pasara?!– vociferó Mujan a sus hombres, tan alterada por el acta de aviso como para notar que la Subsecretaría de Comercio del Municipio ya estaba en la puerta pisándole los talones.

–Todos ustedes, arriba que no los vean, me voy a encargar sola.

–Mujan, te tienen en la mira, el tiempo de trabajar para usted se acabó– afirmé. Nos van a encontrar.

Fueron cuestión de minutos para que la Policía Federal y la Dirección Nacional de Migraciones abatiera la puerta.

El 3 de enero del 2006 las noticias comentaban:

“El municipio capitalino clausuró ayer un restaurante ubicado en la zona del bajo de la ciudad, por violar las normas de higiene. En el lugar se encontraron cuatro personas cuya procedencia de China aparentemente es ilegal ya que se encontraban indocumentadas “.

“La trastienda del local era un horror por la cantidad de basura acumulada, mientras que la contaminación cruzada en los espacios usados para cocinar y manipular alimentos era visible sin necesidad de bromatólogos. Pero la peor sorpresa que nos llevamos fue encontrar viviendo en el entretecho de la cocina a cuatro personas chinas con tachos para hacer sus necesidades”– aseguró el subsecretario de comercio en plena TV Pública.

Tal vez habían sido las noches tras noches de plegarias de la abuela Mao, o el dragón de mi madre en mi cuello lo que nos trajo un poco de suerte para sacarnos de esa pesadilla que lentamente pudo haber acabado en trágicas muertes. Fue ahí cuando realmente dábamos el siguiente paso al resto de nuestras vidas. Se había terminado. Nos habían encontrado.

Martina Sandoval

Porque ahora sí

El Salvador, veníamos de El Salvador. Mi mamá, mi papá, Antonio y yo. Vivimos en Ahuachapán desde siempre, en San Lorenzo. Yo, con 17 el año pasado, pude arrancar a trabajar al fin. Ya que a partir de los 16 se me empezó a considerar “persona apta para trabajar”. Al fin, pensaba yo. Antes no me habían querido tomar en ningún otro lado para no tener trifulca. Y yo no llevaba mucho a la casa, pero todo suma, dicen. Cuando llegó la noticia de que Antoñito venía en camino, la mezcla de alegría y desánimo nos recorrió a todos. Mis papás felices. Un hijo más después de 13 años fue como revivir las épocas en que yo era bebé. Yo los sentí rejuvenecidos, emocionados, ansiosos. Pero el desánimo no tardó en aparecer. La casa era chica. Muy chica. Cocina y living juntos, un baño y una pieza más. Yo dormí con ellos en la pieza hasta más o menos los 10 años. Después ya me pasé a dormir al living. Compramos una cama y en una de las esquinas del living dormía yo. Mi ropa si se quedó en la pieza. Igual no era tanta. Nunca vivimos con lo justo. Siempre faltaba. Siempre había que renunciar a algo y seguir usando lo que se tenía por un tiempo más. Igual no es queja eh, lo que no teníamos de plata lo teníamos en valores y coraje. Y es que es así, el que menos tiene mejor se porta. En mi casa nunca se escuchaba un “no me gusta” o demás. Se usaba lo que había, se comía lo que se servía, se aceptaba todo con buena cara.

Antoñito. Mi querido Antoñito. Qué triste era saber que llegabas a una casa que no te iba a poder dar lujos. Pero amor sobraba así que nos comprometimos a brindarte la mejor atención entre todos. Mamá trabajaba en casa, hacía ventas de comida, no nos dejaba mucho pero algo es algo. Papá si tenía trabajo, era enfermero en la guardia del hospital, pero El Salvador invierte muy poco en educación y salud, de hecho, lo habían

categorizado como un “subempleo” y que el individuo era “inestable en el trabajo”. Se hacían muchos de esos censos laborales, y Ahuachapán siempre fue uno de los departamentos con más desempleo y familias de “bajos recursos”.

Yo estudiaba, estaba en la secundaria, y me gustaba ir a la escuela. Me daba la sensación de que estaba cambiando algo en mí si estudiaba, sentía que algo crecía y era para bien. “Ponele pata al estudio”, decía papá. Y yo ahí salía, con la frente en alto para la escuela, “vamos a hacer patria, ¡qué tanto!”, pensaba.

Mientras mamá estuvo embarazada hicimos bastantes ventas de comida y papá agarró un par de changas aparte de ir al hospital. Juntamos lo suficiente como para la cuna y un par de cosas más. Cuando nació Antonio teníamos la casa pipí cucú para él. Pensar que era tan chiquito. Hoy ya tiene cuatro añitos y lo amo, aunque me tire de los pelos.

Un par de meses después de que cumplí 17, lo temido pasó. Papá llegó una mañana con cara larga. “Vení Carmencita –me dijo– vení con mamá a la cocina un cacho”. Quebrado. El centro de Salud estaba quebrado. No mandaban insumos, ni pensaban seguir pagando sueldos. Había cosas más importantes. Mamá lloro un poquito, pero nos abrazamos los tres y pensamos que ya iba a pasar, que era una mala racha y nada más. Después de tres meses, papá no había logrado conseguir nada estable. Costaba cada semana. Una noche los escuché pelear. Ya era de madrugada y yo daba vueltas en la cama, cuando oí: “NO PODEMOS ARRIESGARNOS ASI [...] LEJOS!” decía mamá, que parece que intentaba no hablar fuerte, pero por momentos se escuchaba clarito. “No aguantamos más [...] Julia la semana que viene [...] te necesito...” esa era la voz de papá. Después parece que me dormí, porque abrí los ojos cuando la alarma sonó a las 9:00 am.

Agua fría. Un baldazo de agua fría. Eso fue para mí la noticia. Nos mudamos. ¿Nos mudamos? Sí, “nos mudamos”.

Palabras que salían de la boca de papá. Dos palabras. Dos palabras que me daban vuelta la vida. Nos mudamos. Nos vamos. Salimos. Marchamos.

—Carlos, ¿se acuerdan de Carlos?— dijo papá. Bueno, me comuniqué con él. Tiene contacto en la aduana. El pasó por Texas y está instalado en Louisiana. Y puede conseguirnos paso.

Carlos había sido compañero de enfermería de papá, y gran amigo de la familia. Cuando yo tenía unos 8 años, Carlos marchó para Estados Unidos y no lo vimos más. Mi papá si mantenía comunicación con él, pero cortada. El correo era caro. Según lo que papá siguió contando, Carlos si estaba trabajando en un hospital no muy grande, en la ciudad de Oberlin, y podía abrirle el camino a papá para que tome un cargo allí.

Era un sueño. La verdad que sí. No podíamos desaprovechar esa oportunidad inmensa.

Una semana más tarde, valijas en mano, ahorros contados y dispuestos específicamente para el transporte, partimos. El primer viaje en colectivo. Un colectivo bastante destartado al que le entraba tierra por todos lados. Pero colectivo al fin. Fue nuestro transporte desde San Lorenzo hasta Paso de la Ceiba en Metapan, Santa Ana. Llegamos de noche, así que fuimos a dormir a un residencial donde pudimos costear los gastos más o menos bien.

Esa primera parte del viaje fue fácil. O al menos para mí la más fácil. Nos movíamos en nuestro país, así que era todo más familiar. Teníamos suficiente abrigo por si hacía frío en la noche, y de casa habíamos traído TODA la comida posible. Con mamá racionábamos. El único que comía de más siempre era Antoñito. Pero él estaba perdonado.

A la mañana del siguiente día, temprano (más o menos a las 8) llegamos caminando a la terminal con nuestros pocos petates. La casa de San Lorenzo se la dejamos al hermano de mamá

para que la cuide por si la suerte nos obligaba a volver. Así que muchas cosas también quedaron en ella. Pero cargamos todo lo que creímos necesario, sobre todo ropa.

Papá compró los pasajes para un colectivo que iba hasta la aduana mexicana, pero no la pasaba. Así que nos tocaría caminar. A las 9:15 salió el cole. Fue un viaje largo, muy largo, pero íbamos bien, para pasar a Guatemala no tuvimos problemas. Antoñito dormía como un tronco. No entendía mucho de lo que pasaba. Suertudo.

A eso de las 9 de la noche llegamos al límite con Las Margaritas, en Chiapas, y nos dispusimos a hacer todos los trámites. Turística sí, visa turística dijo papá. Mentira. Era obvio que era mentira. Pero no sé si por compasión o por qué, nos dejaron pasar. Una vez del otro lado, empezamos a caminar.

—Ma, quiero caballito yoooo

—Pedile a papá, Antonio

—¡Paa caballito!

—A ver, subite

En el trayecto ese diálogo lo escuche al menos cuatro veces. Y sí, Antonio es chiquito y no queríamos obligarlo a caminar, además era el único que seguía con los ánimos por el cielo, así que papá se encargó de llevarlo a upa las veces que lo pidió, a cambio de que nos cantara con esa vocecita graciosa que tenía...

...Corre, corre niño

Pajarito vuela

Que las estrellitas, ya están en la escuela.

La maestra luna dicta la lección

Y las estrellitas ponen atención

Una estrella chica se pinta de tiza

Y las estrellitas se mueren de risa....

Antoñito nos cantaba y todo parecía mejorar....

Llegamos a la primera ciudad alrededor de las 3 de la mañana. Buscamos la terminal de ómnibus, y pudimos dormir ahí dentro sentados. Me despertó mamá a las 8, tomamos té con agua caliente que consiguió por allí, y a las 9 estábamos arriba de otro colectivo. La comida ya se nos estaba haciendo poca. Habíamos terminado los yogurts caseros que mamá llevaba, todavía quedaba pan, eso sí, porque habíamos hecho unas 40 hogazas grandes y las llevábamos en una bolsa. También quedaba una bolsa grande de mandarinas y queso. Pero la comida preparada que teníamos en los tupperes ya casi era historia... lo primero era el transporte, pero si se nos terminaba toda la comida, íbamos a tener que comprar.

El colectivo nos llevó desde Chiapas hasta Zacatecas. Larguísimo. Se nos dormían las piernas. Antoñito dormía, se levantaba, se quejaba, se revolvía en el asiento y se volvía a dormir.

Pobre. Todos teníamos ojeras de las malas noches que veníamos pasando. Teníamos la panza hinchada, ya que al baño íbamos en las paradas, y por ahí aguantábamos durante un par de horas.

Viajamos casi dos días. Cuando llegamos, el alivio de bajarnos fue general. La bolsa de mandarinas había desaparecido. Así que decidimos comprar una bolsa de manzanas y otra de naranjas. Este gasto nos obligó a caminar hasta Coahuila, cosa larga y pesada a esa altura del viaje. Ya no estábamos con las energías al cien por cien como al principio.

Llegamos de noche nuevamente y volvimos a dormir en la terminal. Al día siguiente tomamos uno de los últimos colectivos, con destino hacia el límite con Texas.

Ese viaje fue el que más nervios nos dejó. Y es que cuando uno va viajando tiene tiempo de pensar. Y de quemarse la ca-

beza. Si nos hubiera podido salir humo de la cabeza, habríamos ahumado todo el colectivo, porque tanto yo como papá y mamá nos cansamos de darle vueltas a la idea de que nos rebotaran en la aduana. ¿Con qué plata íbamos a volver? ¿Qué íbamos a hacer? ¿Cómo se retoma la vida una vez que se arriesgó todo? Vueltas y vueltas. Yo no pegué ojo en toda la noche y cuando llegamos a la mañana a la aduana, tenía la adrenalina a flor de piel. Estábamos todos histéricos. Menos Antoñito, que no sé cómo hace para aislarse de todo lo que pasa alrededor.

Entramos al edificio, hicimos todo lo que Carlos nos indicó, y dimos con el muchacho que nos ayudaría a cruzar con visa “turística”. Hicimos los papeles, armamos todo... y tocó revisión. Nos revolvieron las maletas, tuvimos que dejar los comestibles que nos quedaban, pero nada más. Al momento del sello final, el muchacho que nos atendía dudó. Dudó de nuestras intenciones.

—Seguro que no tienen nada que declarar, o algo?— preguntó, con ese acento característico de los ingleses cuando quieren hablar español. Papá se puso nervioso. Se le notó. Se le notó porque tardó en responder. Porque los ojos le temblaron. Y ese fue el pie del muchacho para llamar a alguien más. Llamó a otro hombre del personal y revisaron nuestros papeles otra vez. Leyeron y relejeron. Consultaron. Y nosotros ahí, sentados con todas las cosas y una amargura gigante en la boca.

Estuvieron más o menos 30 minutos dándole vueltas a los papeles. Hasta que el muchacho se acercó hacia nosotros: —Que tengan buen viaje— dijo, y nos dio los papeles. Pestañeamos, nos despabilamos y arrancamos viaje. Papá consiguió teléfono en la aduana y llamo a Carlos que nos vendría a buscar allí. Pasamos. ¡Pasamos! Pasamos. Lo logramos.

Y ahora estamos acá. Hace tres meses que nos instalamos en Louisiana, cerca de donde vive Carlos, al que le debemos literalmente la vida. Papá está trabajando en un hospital, en la

sala de emergencias. Mamá consiguió trabajo en una repostería, y está feliz como nunca. Antoñito y yo estamos en una escuela que tiene programa bilingüe, porque con el inglés medio que no pegamos una (ningún integrante de la familia). Carlos nos está ayudando a hacer los papeles legales para poder quedarnos de forma definitiva, sin riesgos de ser deportados o demás. Hay que andar con cuidado, pero por suerte la zona es tranquila en ese sentido.

Después de todo lo que pasamos, ahora estamos viviendo un cuento de hadas. ¿Realmente pasó? Hay mañanas que me despierto asustada porque nos sueño viajando de nuevo a El Salvador. Y no digo que no lo extrañe. Después de todo es el país en el que nací. Pero allí el “aquí se vive bien” es una mentira. Ahora que vivimos bien en serio me doy cuenta.

Hoy mamá y papá nos reunieron a Antonio y a mí en la cocina. Un cosquilleo me recorrió el estómago, ya que la última de esas reuniones fue antes de migrar.

—Hace ya 2 meses que venimos pensando cómo decirles esto...— empezó papá con cara seria.

CHAN, pensé yo. Se pudo todo.

— Y es que... VAN A TENER UN HERMANITO! -completó Mamá

Se me volcó el corazón.

—Si es varón se va a llamar Salvador. Y si es nena Luisiana— dijo papá con risas.

La cara de asombro se convirtió en llanto de alegría por parte mía y saltos de Antoñito al grito de “HER-MA-NITO”. Nos abrazamos todos, y esa noche nos fuimos a dormir felices. Porque ahora sí, porque ahora lo o la íbamos a poder recibir bien, porque ahora además de querer podíamos, porque ahora sí, PORQUE AHORA SÍ.

Melina Antonella Chamorro

Silencio americano

Hoy nos levantamos muy temprano, papá dice que empieza una nueva aventura, que no tenga miedo, que vamos a vivir a un lugar donde vamos a estar mejor.

Yo le creo, es mi papá y con el nada malo me puede pasar.

Está oscuro y hace frío, tengo miedo. A cada rato me piden que haga silencio, que no hable... que no lllore... Siento que hasta respirar es un ruido delator.

A lo lejos se escuchan gritos, son la guardia limítrofe dice papá, que realizan peritajes en la costa del río. Controlan que nadie que no sea “americano” pueda cruzar... ¿Será que no somos americanos?

Los perros ladran y tengo miedo. Pero si estoy con papá nada malo me puede pasar.

¿Por qué tendremos que estar en silencio? ¿Por qué tiene que ser a oscuras?

Mamá ni habla, va en silencio, creo que también tiene miedo, pero ella no dice nada, nunca dice nada. Es como cuando tiene hambre pero se la aguanta, con tal de verme feliz.

Papá está con nosotros y eso no da miedo.

Agárrate fuerte me susurran, vamos a cruzar el río. Tengo miedo, casi ni respiro. El agua empuja, me aferro a los hombros de papá, no veo, tengo frío.

Seguimos avanzando, ya sin miedo, ya sin frío, pero vamos sólo papá y yo. Mamá quedó sola, en la costa del río de los vivos.

María de los Ángeles Sisterna

La dominicana

Rosita Julia Villafaña es una mujer muy hermosa, de piel morena y cabello mota, la conozco hace ya un par de años, ella es paciente del hospital donde yo trabajo como administrativa. Es muy simpática y amable y casi día por medio pasa por todos los sectores del establecimiento ofreciendo sus budines de naranja y mandarina, que son realmente deliciosos.

Rosita es muy risueña y así fue que empezamos a tener más confianza. Un día que conversábamos le consulté si le molestaba contarme su historia de vida, y ella, sin ningún inconveniente, se sentó a mi lado y comenzó a narrar su aventura. Hacía quince años, ella y su hermana Nereida tomaron un avión y partieron de su República Dominicana en busca de una aventura. El lugar elegido fue la Argentina, dejaron su pequeña isla en el Caribe en busca de otro futuro.

Rosita y Nereida, luego de pasar unos días en Buenos Aires, conocieron a una señora que vacacionaba allí. Ella les dijo que su lugar de origen era Neuquén, que era una hermosa provincia para vivir y empezar una vida. Las hermanas dominicanas tuvieron la premonición de que esa amable mujer se había cruzado en su camino por algo.

Unos días después, ellas ya estaban en Neuquén decididas a buscar un futuro.

Impaciente por seguir escuchando su historia, le pregunté si había viajado por algún amor que la decepcionó, pero no, ella sólo dejó allí a su familia: una hija de siete años llamada Jessica María, y a catorce hermanos, sus padres fallecieron hace 25 años. ¡Guau! me quedé sorprendida, cómo alguien tenía el valor de dejar a su familia miles de kilómetros atrás.

Pero Rosita y Nereida querían algo mejor y en su pequeña

isla no había muchas posibilidades para trabajar. Se adaptaban rápido a cualquier empleo: mozas, mucamas, niñeras. Hace doce años no era tan difícil como ahora conseguir un trabajo; con sus ahorros alquilaron un departamento donde instalarse.

Rosita me contó que los primeros tiempos aquí fueron difíciles, pero que le gustaba mucho esta provincia y no quería irse. Consiguió trabajo como moza en unas oficinas municipales, sabía que eso ayudaría a que su hija Cristina se viniera con ella.

Pasaron tres años. Rosita seguía con su trabajo y ahorra todo lo que podía, pero Nereida, que todavía trabajaba de niñera, estaba muy triste, extrañaba mucho país y a su familia, y un día tomó la decisión de regresar.

Rosita no quería que su hermana se marchara; me dijo que sintió mucha tristeza el día que Nereida subió a un avión para marcharse. No tenía a nadie más acá, su única familia era su hermana y ya no estaba. Pasó un tiempo muy triste y se sentía muy sola, comenzó a extrañar cada día más a su familia, pero también sentía que acá tenía un propósito.

Hace diez años Rosita conoció a Rubén, un supervisor de la empresa donde ella trabajaba. Ella cuenta que fue amor a primera vista, y que sin pensarlo por mucho tiempo tomaron la decisión de casarse. Rosita se embarazó y dejó su trabajo para ocuparse del futuro bebé y de su esposo. Después de nueve meses, Rosita dio a luz a Rosa María, su segunda hija.

Me cuenta que Rubén tenía una casa propia así que pudo dejar de alquilar. Comenzó una etapa nueva en su vida y era feliz. Sin embargo, me dijo que extraña mucho a su familia: una sola vez, desde que se vino acá, volvió a ver a su familia.

Miro a Rosita y le digo que si se siente triste no tiene que seguir contándome su historia, pero ella me sonrío y sigue adelante. Me cuenta que tres de sus hermanos fallecieron y siente una profunda tristeza por no haber podido estar junto a su fa-

milia. Ella dice que es muy feliz acá, pero que no pasa un solo día sin que recuerde a su hija Jessica María y a sus hermanos. En ese único viaje que hizo a su país, Rosita invitó a Jessica a venirse con ella, pero no quiso hacerlo, le dijo que la amaba y que estaba feliz de conocer a su hermana pero que no podía dejar su vida allí y venirse con ella.

Rosita respetó la decisión de su hija y, a pesar del dolor que esto le causó, entendió a Jessica.

Otra vez veo sus ojos brillar, casi a punto de llorar, pero esta increíble mujer no se rinde y vuelve a sonreírme, sus dientes blancos resaltan en la piel morena y bella que tiene.

Entonces le vuelvo a cambiar el tema y le pregunto cómo es su país y qué extraña, fuera de su familia. Rosita me dice que ahora las playas de su país y sus comidas, me relata que tienen playas hermosas y azules que se llenan de turistas todo el año, ya que el clima allá es siempre primaveral. Su comida favorita se llama zancocho, que es una especie de puchero que se hace con tres variedades de carne y se acompaña con arroz bien granado, las habichuelas son los porotos y también los consumen muchos en los guisos. Me cuenta que allá el aguacate, la palta para nosotros, y el mango, son muy baratos y que acá le cuesta más comprarlos.

Me quedaría horas escuchando la historia de Rosita, pero debo volver a trabajar. Me quedo con sus budines para el mate y me despido de ella con dos besos, uno en cada mejilla. Rosita me dice que cuando quiera me sigue contando la historia de su vida, y se despide con una sonrisa de mí. Se va ofreciendo sus deliciosos budines que la ayudan a seguir ahorrando para volver el próximo año a su tan querida “Dominicana”, como le dice ella, y reencontrarse nuevamente con sus seres queridos. Y yo... yo me quedo cortando el budincito recién hecho y al sentir ese olorcito a playa, a palmera y a sol, siento que estoy allá y,

sin darme cuenta, extraño un lugar que desconozco, pero que quisiera recorrer.

**María de los Ángeles Quilapi, Karen García,
Yoana Constanzo**



Caminando entre humanos, sin humanidad

Era como un horrible pinchazo en mi pecho que provocaba un insoportable dolor. Me encontraba parada enfrente del lugar en el que estaba uno de mis árboles favoritos, donde trepaba cuando era pequeña y juraba ver todo el mundo desde la cima... ahora veía cómo cortaban aquel árbol mientras lloraba en los brazos de mi padre, y allí fue cuando vi cómo todo estaba yendo por mal camino... como este árbol había millones... pero déjenme contarles cómo llegué hasta ahí.

–Mamá, papám voy a ir a jugar a la casa del árbol– dije mientras bajaba las escaleras saltando algunos escalones

– Está bien hija, vuelve antes de que anochezca–

Y ahí fue cuando comenzó una rutina donde era feliz y no lo notaba, cada tarde corría al bosque mientras esquivaba árboles y simulaba volar en una nave espacial, o a veces era un caballo imaginario o un auto de carreras. No importa cuál sea el medio de transporte imaginario, de todas formas siempre migraba hacía aquel mundo que había creado con mi imaginación sin límites.

Luego de pasar los prados de chicles, el foso de cocodrilos bailarines y la muralla llegaba a mi castillo, mi hogar...

Se trataba de un hermoso roble gigantesco con ramas muy anchas que me permitían trepar con facilidad a la cima, yo la llamaba “la vista del Halcón” porque veía a todo el mundo desde la cima de aquél árbol, veía los animales de la granja junto a mi casa, y cuando el viento chocaba contra mi rostro sentía como si estuviera volando: cerraba los ojos y me imaginaba corriendo por un prado verde junto a muchos animales, respirando un aire bastante liviano y sano. Pero todo tiene un fin.

Aquel pueblo donde vivía comenzó a crecer, empezaron a hacer edificios y más cosas que arruinaban mi hogar... por

suerte, el castillo había quedado protegido por el bosque. Fue ahí cuando observe desde la cima del árbol como mi pueblo era destruido por la nueva generación. Seguía yendo al castillo, pero algo me llamó la atención en la granja de los vecinos: estaban subiendo sus animales a un camión. ¿Qué sucedería con Lola la vaca? ¿Y Juan el pollo? También se llevaban a Camilo, el cerdo, no sabía por qué se los llevaban, si el vecino amaba mucho a sus animales y siempre los trató con amor, tampoco nunca se comió uno, bueno... Yo tampoco.

Mis padres, desde que nací, me alimentaron sin la necesidad de ver a un animal sufrir y por eso los amo, no quiero meter algo en mi boca que grita, me corrijo... No es “algo” es “alguien”.

El hombre del camión le dio dinero al vecino y se fue llevándose a mis amigos... luego iría a hablar con el vecino para que me diga dónde están y poder visitar a Lola. Esa tarde llegué a casa y en la calle estaban mis padres junto a “Sarah”, mi yegua, ella estaba tirada en el suelo y se veía enferma.

—¿Mamá? ¿Qué le pasa a Sarah?— Me acerqué aún más y vi sangre en el suelo y más adelante un auto con abolladuras.

—Vete adentro, Juli, Sarah va a estar bien—. Antes de hacerle caso miré a Sarah por última vez y ella cerró los ojos. Comencé a llorar y me acerqué al cuerpo sin vida de mi fiel amiga.

—¡Esto es su culpa! ¡Ustedes mataron a Sarah! ¡Con sus autos y su tecnología!— gritaba mientras mi papá me llevaba a la fuerza dentro de casa.

Esa tarde Sarah fue atropellada y nunca me olvidé de ella, los años pasaron y el vecino nunca trajo a sus animales de vuelta. Yo crecí y me fui del pueblo a estudiar para ser veterinaria.

—Cuida el castillo por mí, papá— dije antes de subirme al bus y partir a una nueva aventura, un nuevo capítulo de mi vida donde me convertiría en una profesional y dejaría de ser la pequeña niña inocente; era consciente de lo que sucedía. Esas personas estaban destruyendo mi pueblo y también estábamos

destruyendo todo el mundo.

Había conseguido una beca para estudiar veterinaria en el extranjero, así que fue un largo viaje a la gran ciudad, mejor dicho, a los Estados Unidos, era una chica de pueblo viviendo en Los Ángeles, allí para mí todo era nuevo y fueron los mejores cuatro años de mi vida y, así también como tuvo sus subidas, también sus bajadas.

Me enamoré por primera vez, su nombre era “Vegan restaurant LA”.

Sólo bromeo, su nombre es Sam, también estoy enamorada de ese restaurante vegano, pero a Sam lo amo aún más. Pasaron los cuatro años y terminé mi carrera recibíendome de veterinaria y, por fin, era hora de volver a casa a cumplir la promesa que le hice a mis padres:

“Volveré dentro de cuatro años con un título y los llevaré a conocer el mundo”

Había hecho un curso de cuidado del medio ambiente y era una profesional con dos títulos para colgar en mi pared. Con Sam viajamos a Argentina y luego a mi pueblo. Cuando llegué, mi expresión cambió de feliz a triste, ya que aquel pueblo que yo había dejado hace cuatro años ahora era una ciudad llena de edificios, calles de cemento y empresas que sólo producían un horrible gas... con Sam nos tomamos un taxi a la casa de mis padres. Ellos seguían viviendo en la hermosa casa alejados de todos con un hermoso patio y en frente el bosque... El bosque... ¡EL BOSQUE! ¡EL CASTILLO!

Solté mis bolsos en la entrada y corrí hacia el bosque mientras mis padres y mi novio me perseguían. Miles de recuerdos venían a mi mente de cuando era pequeña, corrí sobre mi caballo por el prado de chicles, volé por encima del foso de cocodrilos bailarines con mi nave espacial y frené en mi auto de carreras enfrente de la muralla que protegía el castillo, pero algo andaba mal. Miré el castillo y muchas de sus ramas ya no estaban, tam-

bién había hombres destruyendo el gran árbol, corrí hacia ellos, pero mi padre me tomó del brazo y me abrazó.

–Papá, no dejes que lo corten, es el castillo, papá– quería correr hacia esos hombres e impedir que destruyeran el árbol, mi infancia y mi hogar. Pero estaba sin fuerzas y las piernas me pesaban.

–No pude protegerlo hija, perdón–

Y aquí es cuando volvemos al principio de esta historia, donde me arrebataron mi hogar, allí construyeron un hotel y luego hicieron desaparecer todo el bosque, los prados de chicles ahora tenían una cancha de fútbol, el foso de los cocodrilos bailarines ya no existía, en su lugar sólo había una piscina.

Pasó una semana de lo sucedido y decidí visitar a mi vecino, aquel anciano sabio con una respuesta para todo.

Al llegar a su casa toqué dos veces la puerta y aquel hombre me abrió.

–Hola, soy Julieta, la hija de los vecinos de al lado– el anciano sonrió y me abrazó.

–La pequeña imaginadora– me llamó como antes lo hacía
–Ven, pasa, tomemos unos mates– entré a su casa y nada había cambiado de hace años.

–Quería visitarlo y hablar con usted, como cuando era pequeña y me aconsejaba– dije, sentándome en el viejo sillón de cuero artificial.

–Claro, Juli, eres siempre bienvenida, cuéntame– se sentó frente a mí con un mate y un viejo termo con agua caliente.

–Hace una semana que volví de Estados Unidos y fui al bosque donde solía jugar cuando era pequeña, pero estaban cortando el árbol al que yo llamaba mi castillo y la verdad que ya no sé cómo sentirme, miro a mi alrededor y todo está cambiando, pero no siento que sea un buen cambio– recibí un mate y espere su respuesta.

–Mira pequeña, desde que te veía correr con mis animales

por el patio y trepar aquel árbol, siempre supe que eras y eres una persona especial. Lo del árbol es una lástima porque sé que era muy importante para ti— escuchaba atenta cada palabra — pero los cambios son parte de la vida y el camino que nosotros trazamos con nuestras acciones, ahora mismo los humanos perdieron el sentido del lápiz y sólo garabatean pensando en sí mismos y no en un futuro o en quien se llevan por delante mientras avanzan. Hace mucho tiempo vendí mis animales y fue una de las peores cosas que se me ocurrió hacer, los vendí al matadero sólo porque necesitaba dinero, nunca olvidaré el rostro y los gritos de mis animales mientras los subían al camión, y sólo lo hice por dinero. Le puse un valor numérico a una vida, a un ser que siente y vive, privé de la libertad a indefensos animales sólo por poder agrandar esta casa que, al fin y al cabo, no vale nada. Los humanos acostumbramos a creernos superiores a las demás especies y pensamos que podemos hacer lo que se nos antoje, pero en un momento pagaremos las consecuencias de nuestros actos y destruiremos este maravilloso mundo que tenemos, por el simple hecho de ser egoístas. Yo ya estoy viejo, pero tú, pequeña Julieta... Aún eres joven y puedes hacer ese cambio que tanto quieres en el mundo, sal a la calle y lucha por aquellos que no tienen voz, lucha por la naturaleza y has que más personas se sumen a la lucha—

Aquella tarde la pasamos tomando mate y me hizo de verdad pensar en donde estaba y hasta dónde quería llegar, debía dejar mi marca y ayudar a que sea un mundo mejor. En Estados Unidos fui juzgada por mi alimentación, pero simplemente hacía oídos sordos porque sabía que estaba haciendo un bien al planeta y a los animales. No importa cuál sea tu lucha: mientras que te haga feliz y no le cueste la felicidad a los demás debes luchar hasta alcanzarla porque quizás, como dijo Darwin, puede que el que se adapta a los cambios sea el que sobrevive o el más fuerte, pero el que deja marca es el que será recordado. Dicen

que el tiempo y el olvido son hermanos gemelos, por eso antes de dormir debes afirmar que este fue un día más y no un día menos.

Desde aquella charla con mi vecino prometí proteger la naturaleza y ser ese mínimo porcentaje de humanos que se preocupa por nuestro planeta, por el lugar donde vivimos. Pero ahora busco que seamos más los que protegemos los bosques, los que no contaminamos el agua, los que cuidamos a los animales y no los usamos para consumo propio porque estamos destruyendo el lugar donde vivimos como si tuviéramos otro lugar donde ir. Ya me cansé de estar sentada y esperar que todo venga por sí solo, ya me cansé de echar con demencia la culpa a los demás de lo que es mi incumbencia y responsabilidad. Es cuestión de sentido común y fuerza de voluntad poder levantarnos del sillón, soltar las quejas y los prejuicios y ser el cambio que queremos ver en el mundo, porque debemos comenzar por uno mismo y luego intentar cambiar a los demás y eso fue lo que hice en mi vida, primero me corregí y luego decidí dejar mi marca con mi ejemplo, porque estaba cansada de ver cómo todo se destruía, me cansé de caminar entre humanos sin humanidad.

Julieta Fernández fue la mujer más joven en lograr que personas cambien su mentalidad y su forma de vivir. Tras su muerte, a los setenta años, las fundaciones que ella dejó quedaron a nombre de su único hijo. Su principal fundación, “Construyendo castillos”, tuvo gran éxito e impacto como Julieta deseó.

Abril Fernández Henoeh

Otra forma de vida desconocida

Era un día de abril, pleno siglo XXI, estaba acostada mirando el techo de mi habitación mientras pensaba en todo lo que vivía cuando decidí alejarme, aunque sea por un momento. Me puse los auriculares, subí el volumen de la música y decidí bajarle el volumen al mundo, cerré mis ojos y cuando los abrí estaba en otra atmósfera, otro planeta, donde yo podía ser libre, por unas horas me sentí bien, era como un amuleto que me transportaba a otro lugar con gente “diferente”, “rara”, una especie de seres extraños.

Poco a poco me alejaba por completo y escuchaba una voz que me decía “welcome, bienvenida a nuestro mundo”. Allí podía decidir qué hacer, qué imaginar, todo era perfecto, pero como en todo lugar bello había una oscuridad que quería destruir mi paraíso, un hoyo negro, muy grande y profundo.

Después de unas horas increíbles volví al mundo “normal”, a ese lugar donde todo seguía siendo igual, allí me sentía invisible, mi vida era una simple rutina de todos los días, levantarme, ir a la escuela, volver a casa, por la noche salir a caminar para distraerme, luego la noche me encontraba nuevamente, me acostaba, cerraba mis ojos, estaba en aquel mundo perfecto sola de nuevo con mi imaginación, y todo lo que odiaba hacer. Siempre luchaba contra esa oscuridad que quería apoderarse, pero no le daba tregua, no me dejaba vencer.

Pasaban los días, todo seguía igual menos lo que imaginaba, lo que creaba en mi mente donde sólo podía ser yo.

Un día todo cambió. Me desperté por la mañana, me vestí para ir a la escuela y, llegando allá, todo marchaba bien como siempre.

En el camino de regreso a casa se cruzaron unos chicos, los reconocí, eran del curso, ellos me rodearon y comenzaron a

decirme de todo como: “vos no sos nada”, “sos rara”, “desaparecés”, entre otras cosas que me lastimaban mucho. Estando en el suelo destrozada me levanté y me fui caminando; al llegar a casa entre a mi habitación, me puse a escuchar música, cerré mis ojos y sentía cómo se caían mis lágrimas que mojaban todo mi rostro. Luego me preguntaba ¿por qué me odian tanto? ¿será por no ser como ellos, salir a fiestas y todo eso que les gusta hacer?

Coloqué la música a todo volumen, entré nuevamente a ese mundo raro, ¡sí, ese mundo! El que me hacía sentir mal cada vez que me trasladaba hasta allí.

Sé que muchos me preguntarán qué representa ese hoyo negro o la oscuridad que aparece en aquel lugar; sólo les puedo decir que es todo lo malo, lo negativo, el miedo al fracaso, el dolor, todo eso que a veces no nos deja en paz y nos quita hasta el aliento.

Tenía que hacer algo, pero en mi mente escuchaba esas voces que me decían “que no podía” “que no soy nadie” ... nuevamente comenzaba a luchar con la noche, ya no tenía suficientes fuerzas, hasta que escuché la puerta, abrí mis ojos... era mamá. Ella me dijo:

–¿Hija puedo entrar?–

–Claro que sí, pasá– le contesté

–Hija ¿por qué estás triste?– me preguntó

–¿Por qué me notas de otra forma?– le respondí. Entonces comencé a contarle todo lo que me estaba pasando.

–Hija, que no te importe lo que digan los demás, lo importante no es agradarles a las personas, o hacer cosas para que te acepten, recuerda que te amo: nunca lo olvides– me dijo con todo su amor.

Todo lo que mi madre me habló en el cuarto llegó a mi corazón, la verdad que no sé cómo explicarlo, lo más importante es que tengo que ser yo misma, confiar en mí. Ser diferente no es malo, te hace ser una persona única. Después de esa char-

la me volví a poner los auriculares y nuevamente entré a ese mundo, ahora con más fuerzas y confianza, esta vez no dejaría vencerme por aquellas personas raras.

Otra vez en mi mente seguía escuchando esas voces que me decían: “no podés”, pero otras voces sonaban más fuertes y se escuchaba a lo lejos “vos podés”, “dale que te amo”, “aprendé a confiar en ti misma”. En ese momento me armé de muchas fuerzas y decidí enfrentar esos miedos, hasta que al fin los vencí. Fue así que todo lo malo dejó de importarme y la oscuridad comenzó a desaparecer.

Al abrir mis ojos se asomaba el alba, desperté muy contenta, ese día tenía que exponer un trabajo en la escuela, me dije a mí misma frente al espejo: “yo puedo”, y salí corriendo. Desde ese día mi vida cambió, empecé a expresar lo que pensaba, a confiar en esa adolescente que estaba adentro de mí sabiendo que debía aprender de mis errores.

De a poco sentía que ese vacío se iba llenando. Con el correr de los días, ese mundo que era tan feo comenzó a volverse increíble.

Hoy en este mundo aprendo a vivir con libertad, con mis derechos, sabiendo que muchos esperaban mi derrota mientras que otros me ayudaban, me acompañaban, me animaban, me alentaban, por todo esto le dije chau a esa atmósfera que me tenía atrapada, ahora en este preciso momento es hora de enfrentar mi realidad, ya no soy la misma.

Soy Romina Ñanco, una migrante de este siglo y ésta es mi historia. Lo que pasé me sirvió para darme cuenta de que vivir es algo precioso: que se vive una sola vez.

Quizás ahora se estén diciendo a sí mismos “¿qué me importa?”, “sólo quiero morir”, “no sirvo”, “nadie me ama”. ¿Pero saben una cosa? Eso es mentira, ustedes sólo lo dicen y lo creen en sus mentes, pero dejarse morir no resuelve nada porque dejás todo lo que querías lograr, tus sueños, proyectos y lindos

momentos.

Quiero que sepan que valen mucho, estoy segura de que son seres increíbles y todo lo que se propongan lo lograrán porque de eso se trata la vida.

Si alguna vez han pensado que nadie los ama quiero decirles: ámense y valórense como personas que son, si sus padres no se lo demuestran, en el fondo, seguro los aman mucho y quieren lo mejor para ustedes, quizás muchas veces se les olvida decirlo porque ellos también tienen sus preocupaciones.

Les voy a contar algo que me sucedió en un momento de mi vida. Esto fue hace dos años: después de tantas idas y vueltas de ir de casa, al centro de salud por mi “supuesto” dolor de estómago... Y ya estando internada, dijeron los médicos que quizás era peritonitis, por eso decidieron llevarme al hospital de Zapala. En ese momento estaba súper mal, sólo lloraba de tanto dolor, quería que se fuera pronto de mi cuerpo, cuando me trasladaban en camilla mirando hacia arriba sentía como por mi cara se caían las lágrimas, yo literalmente sentía que me iba a desmayar, no podía más, en mi mente dije: “no quiero morir, no cumplí mis sueños y metas, todavía siento que no es el tiempo”.

En ese momento de dolor hubiera dejado todo lo que quería, pero no podía hacer nada porque la vida no la tenemos comprada, por eso quiero que entiendas que hoy estás, pero mañana puede pasar, lo inesperado. Chicos, disfruten de la vida, aprovechen cada momento.

Llegando al hospital me cambiaron de ropa, ya no aguantaba más y les dije: “quiero que se termine este sufrimiento”, no podía dejar de temblar, tenía mucha fiebre, los doctores decían que me tranquilice pero no podía controlar mi cuerpo. Yendo al quirófano el hombre que me llevaba en la silla de ruedas me dijo: “tranquilízate, nena, todo va a salir bien”, ya no tenía la necesidad de luchar por mi vida, sólo quería dejar de sufrir, y escuché que el hombre dijo: “Dios, líbrala y ayúdala”.

Cuando estaba por entrar me dijeron los médicos que tenía que tranquilizarme, porque si seguía así no me podrían operar. Me acostaron, me ataron los brazos y los pies, luego me dijeron nosotros te vamos a cuidar no te preocupes, mirando hacia arriba la última luz que vi era blanca, era como una película.

Dijo mamá que salió unos de los cirujanos y le explicó: “tiene que ser fuerte por cualquier cosa que suceda.”

Después de unas horas todo pasó, los doctores le informaron a mamá que yo tenía suerte porque si hubieran pasado unos minutos más ya me hubiera muerto, mi estómago se habría reventado y todo eso malo que tenía se hubiera desparramado dentro de mí.

Cuando mamá me contó, estaba totalmente despierta y consciente, me dije: ¡Guau! La vida me dio una oportunidad de vivir porque todos venimos con un propósito a este mundo y este es el mío: estar hoy, aquí, contándoles mi historia.

Realmente estoy tan agradecida con Dios por dejarme vivir y sé que ambos podemos lograr lo que nos propongamos. No dejemos que nos pase algo para darnos cuenta de que vivir es algo bueno. Date la oportunidad todos los días, no importa si caes, vuelve a levantarte una y otra vez, no estamos en esta vida para caer o fracasar, estamos para brillar. Ahora vive, que todavía estás a tiempo de cambiar tu rumbo.

¿Saben una cosa? Deseo que ustedes cumplan todos sus sueños, sus metas, quiero verlos triunfar en esta vida, sé que cuesta porque muchas veces sentimos que no podemos y creemos que los obstáculos son más grandes que nosotros, pero eso no es cierto, uno tiene que ser más fuerte y decir “yo puedo, aunque cueste”, nada es imposible si le ponen empeño, no dejen que nada los detenga, quiero verlos en sus metas, aprendiendo de los errores y cada una de las cosas que pasamos son de aprendizajes para nuestra vida.

Quizá me cueste superar muchas cosas, como a cualquiera

de los que hoy estamos aquí, es porque tengo mis días buenos y malos, también sé que la vida no es color de rosa, pero las diferentes situaciones que se presentan debemos enfrentarlas con optimismo.

Aprovechar cada momento es lo mejor, nunca te rindas, sigue tus sueños a pesar de todo, no te dejes, nunca te abandones, no permitas que nadie te baje, confía en ti y ¡anímate! que nunca es tarde.

FIN

Romina Celeste Ñanco



Osna

Con recuerdos olvidados suele mencionar su trayecto de vida. ¿Queriendo olvidar?

El cambio que debió hacer por cuestiones, se podría decir, sociales. Viniendo a la ciudad de Cipolletti, y dándose cuenta de la gran diferencia que se vive, a pesar de la situación que vive el país hoy en día.

Sin ir más lejos, a quien hace referencia este relato es a un joven venezolano, el cual las razones de inmigración hacia la Argentina, más precisamente a la Patagonia, son conocidas. En su gran mayoría, por las personas que puedo llegar a frecuentar o conocer, son muy bien instruidas ya que tienen amplia capacitación como ingenierías, etc. Una gran comparación para tomar en cuenta. La posibilidad de estudio que hay en la Argentina y siendo la educación pública... que uno no aprovecha.

Para no perder el hilo de este relato: hablo de Osneiquer, a quien conocí en un viaje. Primero su hermano, luego él, vinieron al país para obtener un cambio en su vida ya que su tierra natal estaba pasando una crisis muy grande. Obteniendo lo buscado y más, en nuestra Argentina. Que “estabilidad” para ellos le es más llevadero esta situación pudiendo seguir formándose como personas de manera gratuita, y también algo como el DNI, obteniéndolo en tan sólo dos meses de haber arribado.

Las expectativas y oportunidades que se les ha brindado acá no se las esperaban tan así. Estando acá pueden ayudar a sus familias venezolanas, obteniendo dinero a cambio de mano de obra y siéndole más rentables y girándoles a sus familias. Estos datos los tomé de él, a quien yo conocí y me pareció muy copada su personalidad. Viniendo dispuesto a laburar sin ningún tipo de prejuicios. Es loco que a veces el desaprovechamiento de trabajo que se suele hacer, y él, sin embargo, tiene a laburar como

su principal objetivo.

Quien debe dejar todo por cuestiones ajenas deben sentir un desarraigo, cada uno que decide migrar y dejar todas sus costumbres, principalmente su familia, todo su entorno de todos los años vividos. Dejarlo por un tiempo y sin fecha de vuelta, pero siempre dándole para adelante ya que uno de sus principales propósitos es normalizar su situación familiar, ya que es una gran ayuda el acá en la Argentina, tan lejos de casa...

Entre conversaciones que hemos tenido me dice que tres sueldos que tenía allá apenas le servía para no más de 5 días. ¿Te imaginas eso? ¡¡¡Qué triste!!!

Ellos, teniendo actividad petrolera, el combustible le sale muy barato... es loquísimo pero el costo de vida es inllevable, no poder llenar sus heladeras.

Obvio que siempre en todas las crisis hay quienes se benefician y la mayoría son como a quien menciono, que su migración es obligada por constante caída de su calidad de vida y entornos... Uno, que escucha eso, al hablar se te pone la piel de gallina de saber que en los pantalones de él o cualquier situación similar a dejar todo porque en tu tierra no se puede vivir, cuando uno se podría decir que tira raíces por los vínculos que forma.

Osneiquer ya está totalmente estabilizado y llevando su vida, a cabo que poco nos vemos, pero cuando es así recuerda y echa mucho de menos todo sin olvidar nada. Un gesto que el tuvo con su novia, que había quedado en Venezuela, la cual le dijo que se venga ni bien pudo estabilizarse.

Con todo esto escrito, quiero tomar dimensiones y hacer llegar este mensaje a quienes pueden, a veces, no valorar lo que es tener sus viejos... en mi caso, por ejemplo, que uno ya crece y depende menos o no depende de sus viejos, saber que no tenés una pequeña ayuda que puedan hacerte ante una situación. El no poderlos ver periódicamente. El no poder tener su vida como puede a llegar a esperar siempre en su país de origen, no quita

que uno no puede migrar, pero no es para nada lindo hacerlo forzadamente.

Pero en el caso de Osna, como lo conocemos todos, al ser joven puedo decirlo yo que así lo siente, quizás me equivoque, pero el adaptarse es todo un poco más llevadero, en un principio como antes mencioné siempre echa de menos, pero la adaptación y las rutinas de todos los días lo hacen enfocarse en sus actividades y no sentir tanto el cambio. Hace pocos días que hablamos mucho, me hace llegar que se siente un argentino más. Él ya pudo viajar a ver su familia, le dice todo lo que podrían hacer tratando de que vengan, pero sabiendo que si para él fue difícil imagínense a sus padres ya mayores y todo lo que significaría.

El hace ya tres años aproximadamente que esta acá, y lo que el sentía, en un principio, ahora fue cambiando. Está muy a gusto donde está y de lo que está haciendo. Pero nunca pierde la esperanza de que en unos años más se mejore la situación y pueda volver a su querido país.

Yo lo invité en diferentes oportunidades a la cordillera, tan linda que es, pero está pendiente y el me nombra y muestra fotos de algo que sí echa de menos: las playas y paisajes de su tierra.

Esto es lo que pudo hacerme llegar una persona inmigrante, la cual tuve la oportunidad de compartir y conocer.

Manuel Díaz

Ponerle el hombro

Entrevisté a la Sra. Ester, de la verdulería a la vuelta de casa. Ella hace aproximadamente tres años que tiene el negocio, hace cinco que llegó a la Argentina, es boliviana, su esposo también, tienen un hijito que nació en España, lugar donde fueron antes de elegir Neuquén, Argentina. Son jóvenes de unos 35 años cada uno, emprendedores, trabajadores, dignos de admirar. Con mucho entusiasmo me cuenta, luego de haberle preguntado cómo se sentía lejos de su país –haciendo alusión al día del inmigrante–. Ester es una mujer sencilla, sumisa y de poco hablar. Con tristeza en sus ojos, me contó:

–Muchas veces me sentí muy discriminada por el sólo hecho de ser boliviana, no pasa así con un italiano o un francés, pareciera que ser morocho es pecado, te discriminan más. Somos gente de poco estudio pero muy trabajadores, casi todos mis compatriotas se dedican al comercio y le ponemos empeño para estar mejor que de donde venimos. Nosotros, con mucho esfuerzo, nos compramos una chacrita donde plantamos todo tipo de verduras y los fines de semana nos dedicamos de lleno a eso. Yo no descanso, estoy todo el día en el negocio, mi esposo tiene otro puesto de verduras en otro barrio. A mi hijo me lo traigo conmigo las veces que puedo, y si no hace mucho frío, porque acá no podemos tener calefacción, le ayudo en las tareas de la escuela entre cliente y cliente

Además, Ester agregó sobre el niño:

–Hace un tiempo tuvo muchos dolores de cabeza; había días que le dolía más y otros días que le dolía menos, tanto fue que lo llevamos al neurólogo: le hicieron un estudio y dio como

resultado que era porque usaba mucho el celular. Lo cuida una señora, pero no es lo mismo, así que tuvimos que hacer algunos cambios, charlamos un poco la importancia de la madre en el hogar y la responsabilidad de salir a trabajar y cumplir con todas las cosas. Es todo un sacrificio, pero vale la pena, nosotros salimos de mi país con el firme propósito de mejorar nuestra condición económica y lo estamos logrando, estamos construyendo nuestra casita y eso para nosotros es un gran logro. Además, quiero traer a mi mamá y a algunos de mis hermanos que quieran venir, se los extraña mucho

Con un gesto dice

—No es fácil este rubro, porque si comprás de más, se pierde y no sirve, pero bueno, nos ha costado hacer la clientela. Aunque eso creo que le pasa a todo el mundo que pone un negocio, hoy se nos está haciendo chico el local porque hemos incorporado otras cosas, como conservas y gaseosas. Tengo que decir que en estos pocos años que estamos acá nos ha ido ¡muy bien! Y eso es por la perseverancia, el esfuerzo y las ganas de querer estar mejor cada día. Por eso quiero traer a mi familia, porque acá hay trabajo. Trato de ir a verlos una vez al año y a veces traigo a mi mamá, pero es tan, tan lejos que cuesta mucho en tiempo y en plata

Prosiguiendo la conversación, ella recordó un episodio que le sucedió en un comercio muy conocido de ropa deportiva:

—Al entrar, un joven se me acerca y me preguntó qué buscaba, le pido una determinada marca de zapatillas, con un tono irónico me responde ¿estás segura que querés esas zapas? Mirá que son caras, hay otras marcas que son más baratas y te pueden llegar a gustar. Ese día me puse muy triste porque parece que

hay ciertos gustos que los más humildes no pueden darse. La gente no sabe lo que es estar lejos de la familia, del país, de las costumbres y las tradiciones y duele, duele el alma ¡Es todo tan diferente! A mi hijo le hacen bullying en la escuela, sufre el ser hijo de bolivianos aunque haya nacido en España, los compañeros no le creen y se le ríen en la cara. Menciono también que, según el lugar donde vayas, te atienden con más o menos indiferencia y hasta diría que como diciendo “¿qué estás haciendo acá en nuestro país?” No es fácil estar lejos del país que te vio nacer

—Hemos elegido Neuquén porque es un lugar hermoso para vivir, y también para trabajar, la mayoría de la gente es amable y hemos hecho amigos

Un sentimiento de tristeza y melancolía provocada por la lejanía y ausencia de sus seres queridos se apodera de Ester. Tengo que decir que, hace unos meses, Ester perdió un embarazo de casi cuatro meses, provocado seguramente por el trabajo duro que le toca realizar, levantar cajones, acomodar bolsas de papas, cebollas, tarea que hace a diario; a eso le llamo ser valiente.

Terminamos la charla con un deseo mutuo: que Argentina mejore, que pare la inflación que nos afecta a todos, a extranjeros y argentinos. Muy pronto, Ester va a tramitar la radicación y va a poder votar y elegir como un argentino más.

Leonor Baeza

Juntos

(Suena el teléfono)

—¿Hola?

—Eh, Pancho, ¿Cómo estás? ¡¡Tanto tiempo!! Contame cómo estás, ¡¡¡cómo te está yendo!!!

—¿Negro, te parece que te conteste esas preguntas tomando unos mates? Abrime que hace frío!!! Jajajaja

El Negro corrió a abrir la puerta, feliz de ver de nuevo a la única persona que se dedicó en cuerpo y alma en levantarlo de su depresión cuando apenas tenía 14 años.

¡¡¡Eran tan chicos!!!

Pancho vivía en Argentina (Neuquén) y el Negro venía de España. Tuvo que venirse en condiciones caóticas, su mamá y su papá decidieron irse a Madrid, la capital de España, a probar suerte, porque veían que en Argentina las cosas se ponían cada vez peor y les preocupaba la vida que podía llevar el hijo que estaban esperando.

Fueron a España y desde que llegaron las cosas les fueron de maravilla, el Negro crecía entre risas, trabajo, amor y una vida que sus padres pensaban que iba a ser eterna.

Pero un día su papá se levantó para ir a trabajar, como todos los días, le preparó, lo que yo digo un desayuno-almuerzo (jaja), su mamá y su papá se fueron a trabajar y a él lo pasó a buscar el bus escolar. Jamás se imaginaría que ese día su vida se pondría patas para arriba.

Cuando regresó en el bus escolar, le pareció extraño que no estuviera su mamá esperándolo en la puerta. Entró a su casa y encontró a su madre llorando desconsoladamente y a los de inmigraciones hablando con ella.

El Negro no entendía qué hacían los de inmigraciones en su casa hablando con su madre, hasta que escuchó que le decían a su mamá que tenían que irse de España y volver a Neuquén,

provincia de Argentina, país del que sus papás se fueron cuando su madre estaba embarazada de él, porque los de inmigraciones habían descubierto que estaban como ilegales.

Desde ese día en adelante la cabeza del Negro, con tan sólo 14 años, era una vorágine de cosas desconocidas, desconcertantes, inentendibles, desafiantes que no pudo deglutir por completo.

Cuando Pancho conoció al Negro, estaba sentado en el banco de siempre en la escuela con los auriculares puestos y la música al palo porque no quería escuchar a nadie, había peleado con su mamá y estaba muy enojado.

Comenzó la clase y un segundo después entró un chico con la cara de tristeza más grande que había visto en su vida, no podía ni decir su nombre, solo entró, se sentó y observaba. Él sabía que Pancho lo miraba y seguía con los auriculares puestos y el profesor se los sacó. Eran los únicos auriculares que tenía y se los había comprado el día anterior después de haber juntado moneda por moneda para poder tenerlos, trabajaba y estudiaba, vivía solo con su mamá, que era una drogadicta perdida en el alcohol, pero no lo voltearía jamás.

El profesor los envolvió en su mano y los tiró en el cajón del escritorio, Pancho cerró sus ojos y pensó ¡Oh, Dios, que no se rompan! Cuando abrió los ojos, el Negro lo estaba mirando, se acercó y le dijo:

–Sé lo que sientes, Todo irá bien– desde ese momento en adelante jamás se volvieron a separar.

Salieron ese día de la escuela y mientras iban caminando hasta donde sorprendentemente vivían los dos (la meseta), el Negro le fue contando como tenerlo todo (amor, dinero, compañeros, amigos, confianza, seguridad).

Y entonces Pancho le comenzó a contar su vida, con la premisa YO PUEDO. Su mamá era la única persona que tenía en esta vida, era drogadicta y alcohólica, pero que, en sus momen-

tos de lucidez, sabía que ella lo amaba y se arrepentía de lo que hacía, pero eso no le daba de comer, ni lo ayudaba en la escuela, ni le compraba ropa, así que desde muy chico trabajó de lo que sea para sobrevivir y que su mamá por lo menos comiera. Aprendió que la vida es una sola y que disfrutarla no pasa por mandarse macanas, si no la vida te pasa por encima.

Llegaron a sus casas y se despidieron, y cuando Pancho se sentó a comer escuchó una pelea afuera: salió y eran los papás del Negro discutiendo y vio al Negro mirando por la ventana con su mano en su boca y se dio cuenta de que si no hacía algo iba a ocurrir algo muy grave.

Al otro día, Pancho se levantó temprano. Desayunó un té pelado, sin pan y salió a buscar al Negro. El no salía, así que tanteó la puerta, estaba abierta y el Negro estaba tirado en lo que parecía un sillón con un atado de pucho y un cenicero lleno de cigarrillos apagados. Éste lo miró con los ojos rojos y le dijo:

—no puedo más, mi vida no tiene sentido

Pancho dejó su mochila en el piso y le dijo

—Ya, bañate, vestiste, agarrá las cosas de la escuela y vamos a darle sentido a tu vida—. —¡Ya!—, le gritó.

Eso hizo y se fueron. Desde ese día iban juntos a buscar trabajo; trabajaban de lo que sea y, al final del día, juntaban la plata sin importarles si uno ganaba más que el otro, y lo repartían a la mitad.

Cada día que pasaba estaban menos en sus casas, porque iban a la escuela y de ahí salían a buscar trabajo: barrían veredas, cortaban pasto, limpiaban vidrieras, cargaban y descargaban camiones, pero siempre terminaban agotados, con una anécdota que los traía riéndose todo el camino y algo de plata que llevarían a sus casas.

Hasta que llegó el gran día: cursaron hasta el final el colegio, se recibieron y la felicidad en los ojos de sus padres, de sus

profesores, de los directivos, de sus compañeros los asombró, porque nunca se dieron cuenta de que ellos los observaban, sabían lo que pasaba y por lo que pasaban para poder ir a la escuela, pero casi ninguno hizo nada, más que observar y hablar.

Entonces, Pancho agarró la mano de su amigo inseparable, la levantó y en la otra mano levantaron el título y se sintieron vencedores.

Con un título debajo del brazo y la experiencia de sus vidas, salieron a buscar un trabajo que les dé seguridad y les permita ir a vivir donde ellos quisieran.

Fue difícil, pero lo lograron y, ahora, Pancho se casó y tiene una hermosa familia, tienen todo materialmente, pero lo más importante es que son felices. El Negro pudo volver a España, donde se reencontró con una amiga de su infancia de cuando vivió allá, nunca se casó, nunca tuvo hijos, pero volvió a su querida España, el lugar donde se crió.

Y de vez en cuando, se sorprenden uno al otro con un abrazo, una mirada llena de agradecimiento y una sonrisa cómplice que dice: “PUDIMOS”.

Alexis Gian Luca Cervetti



Recordándote cómo si fuera ayer

Recuerdo ese día como si fuera ayer. Era una tarde soleada de domingo en un pueblo chico de Villarrica, Chile. Íbamos con mi familia a misa, en una iglesia que estaba cerca de casa, estaba sentada en la banca con mis amigas, charlábamos. Fue ahí la primera vez que lo vi, nos vimos... estaba sentado como a tres bancas delante mío, un chico flaco, alto, el pelo rojizo y prolijamente peinado hacia atrás. Quedé totalmente deslumbrada. Pasaban los días y eran solamente miradas.

Cuando cumplí 16 años, decidí irme a trabajar a Santiago de Chile, porque en ese tiempo a las mujeres que vivían en el campo generalmente no se le daba estudio más que la primaria y tenían que ayudar en la casa o salir a trabajar. Comencé a trabajar de empleada doméstica en una casa de familia, cama adentro.

Por esa situación nos dejamos de ver por un año, hasta que un día que salí a caminar por Santiago, me vuelvo a encontrar con aquel chico de la iglesia, de esa tarde mágica, Leoner Jara. Como nos conocíamos del pueblo, comenzamos a charlar, salimos a confiterías y le dimos comienzo a una relación. Quedé embarazada de mi primer hijo, Hernán, y continué trabajando durante unos meses. Antes de que naciera mi bebé, mi patrona se enteró que yo estaba embarazada sin haberme casado y me echó. Volví a Villarrica, y al cabo de un tiempo doy a luz a Hernán. Por fuerza mayor, como no estábamos bien económicamente, dejé a mi hijo a cuidado de mis suegros para poder volver a trabajar en Santiago. Quedé embarazada de mi segundo hijo, Patricio, y decidimos con Leoner volver a Villarrica para así poder definitivamente vivir juntos y criar a nuestros hijos. Como yo era menor todavía, no nos podíamos casar, tenía que esperar hasta los 21 años, así que cuando cumplí la edad nos casamos.

Buscando una mejor situación económica, mi marido emi-

gró a Argentina un año antes que yo. Llegó a la ciudad de Cipolletti, donde empezó a hacer varios trabajos, de hachero, cargaba camiones, etc. Hasta que un día encontró un trabajo con el que empezó a cobrar mejor, en una empresa que hacía rutas. En ese momento estaban construyendo la Ruta 7 de Centenario, fue ahí cuando decidí irme a Argentina con él. Estaba por ir a Neuquén y fui a buscar a Hernán para llevármelo, pero mis suegros me dijeron que no me lo iban a entregar porque se habían encariñado. Sinceramente me dolió en el alma haberlo dejado, porque era y es mi hijo. Pero por no discutir accedí. Se me hizo difícil irme de Chile principalmente porque estaba dejando a mi bebé.

Cuando llegué a Neuquén alquilamos una casa de adobe cerca de donde hoy es el boliche Las Palmas. Con el tiempo conseguimos un alquiler “mejor” en una pieza que era de tres por tres que tenía el baño afuera, en el barrio Mariano Moreno, donde nos acomodamos para vivir. Mi marido estaba trabajando y cobraba bien, pero no malgastábamos. Empezamos a ahorrar para comprar un terreno en el mismo barrio. En ese lapso de tiempo tuve a mi tercer y única nena, Adriana, mientras mi marido trabajaba yo criaba con mucho esfuerzo a mis hijos. Lo que sí nunca me olvidé de mi hijo que había quedado en Chile: cuando podíamos le hacíamos giros, de plata y ropa.

Cuando por fin tuvimos el dinero suficiente compramos un terreno al lado de donde alquilamos, empezamos a hacer nuestra casa, mi marido había empezado a trabajar en el campo como camionero y a veces se iba por casi un mes. Entonces yo tenía que ayudar a hacer la mezcla para pegar ladrillos. Subía y bajaba las escaleras como si nada. Para ese entonces ya esperaba a mi cuarto hijo, Juan, pero no podía quedarme quieta porque si no nadie iba hacer las cosas por nosotros.

Con mucho esfuerzo, y ayuda de gente amiga, terminamos nuestra casa. Juntamos más plata para comprar otro terreno casi al lado de donde habíamos hecho nuestra casa, para que

les quedara a nuestros hijos. Más adelante tuve dos hijos más, Víctor y Lionel. Pasó el tiempo y peso a peso logré poner un comercio de artículos de limpieza, la atendía en mi casa. Mientras mis hijos crecían, mi marido y yo hacíamos todo el esfuerzo para que a ellos no les faltara nada.

Cuando ya llegaba la edad para que disfrutemos juntos de todo lo que habíamos logrado juntos, la vida se lo llevó un 24 de septiembre de 1998. Él tenía 60 años cuando falleció y yo 59 años. Juro que se me vino el mundo abajo. Desde el primer día que lo vi, él fue y siempre será mi gran amor. Y hasta el día de hoy lo recuerdo como si fuera ayer.

Atte.

Benigna Hueniman

Rocío Leonella Jara



Filomena

La familia Salazar era una familia española conformada por un hombre y una mujer que habían sido casados aun siendo completos desconocidos. Tenían dos niñas y un niño, y gracias al casamiento estratégico de sus padres ellos poseían mucho dinero, era una familia española con ambiciones, y su país natal ya no era la tierra que cumpliría sus deseos. Por eso decidieron emigrar a Argentina, un país en pleno nacimiento y crecimiento, que prometía mucho de sí mismo para su futuro.

Ellos habían aprendido a ser felices con su matrimonio y con sus hijos; su hija mayor, Filomena, era una reluciente niña de 8 años que poseía unos ojos verdes profundos, un cabello rubio suave y esponjoso y una tez blanca y frágil, idéntica a su madre, Almerinda. Estos rasgos hacían que se destaque entre sus hermanos menores quienes, con sus melenas castañas y ojos grises, eran idénticos a su padre Ambrosio, y el mismo destino de seguro sería provisto para su próximo hijo que se alojaba inquieto en el vientre de Almerinda.

El viaje a Argentina fue largo y cansador, el barco sacudía el estómago de los menores y el resonar del agua contra la madera causaba jaquecas a los pasajeros. Fue un mes largo y agitado en el que, lamentablemente, perdieron al bebé que se encontraba en el vientre de su madre. Eso causaría que Almerinda cayera en depresión y dejara de lado al resto de sus criaturas para concentrarse en este dolor tan grande.

Al llegar a Argentina, este matrimonio estaba debilitado por el estado ausente de Almerinda en su propio cuerpo. Ambrosio puso toda su atención en comprar un terreno argentino en el vientre marplatense, pero el trabajo que necesitaba esa tierra era demasiado para una sola familia aún tan joven y pequeña, y los gastos se hicieron mayores en personal, ganado y

comida para el mismo. Los niños trabajaban aún con alegría en sus rostros, tomando sus actos como juegos constantes; esto le devolvía la vida a la familia entre risas y deberes.

Pronto los gastos se hicieron más llevaderos y Ambrosio le puso fin a la tristeza de su amada con la llegada de otro niño al mundo.

Con peones y lacayos a su disposición, la familia Salazar se abrió paso para dotar de una buena educación a sus hijos, brindándoles sabiduría y a las niñas de feminidad, al enviarlas a una escuela de danzas clásicas.

Después de años de vida de comodidades, luego del trabajo duro la familia comenzó a tener mayores gastos con las niñas que, ya a sus 11 y 8 años, comenzaban a demostrar mayor madurez y necesidades, por lo que decidieron llegar a un acuerdo con los Siviglianni, una familia italiana, estricta y mucho más adinerada, para que criaran y luego casaran a su hija mayor, Filomena, con su hijo mayor, Honorio, que tenía 14 años y por eso había que esperar a que cumpliera 18.

El que vivan bajo el mismo techo y compartan vivencias hizo que estos niños se enamoren y, con el pasar de los años, se casen con verdadera felicidad.

El pasar de los años le dio a este nuevo matrimonio seis preciosos niños, tres niñas y tres niños. Y con ya muchas bocas que alimentar, la familia Siviglianni cayó en una ruina ligera en la que luchaban con miedo de tener que deshacerse de algún hijo o vivir el día a día con la comida y el dinero contado.

Buscaron trabajo por distintos lugares hasta que les llegó la noticia de que, en una pequeña localidad del sur de Argentina, en una provincia llamada Neuquén, había una pequeña tienda que esperaba ser comprada por cualquier persona que pudiera solventar los gastos del cansado dueño.

En ese momento, marido y mujer decidieron entregar en venta el último camión con el que trabajaron tanto la tierra sus

padres y, con ayuda extra de algunos ahorros, pudieron trasladarse y comprar esta bellísima panadería en Junín de los Andes. Con sólo unos meses se liberaron de todo gasto extra y comenzaron a generar ingresos para la familia, y ésta volvía a ponerse en pie.

Trabajaron duro y vivieron con amor durante décadas, sus hijos pudieron integrarse fuertemente a la profesión, incluyendo las niñas, y se fueron yendo en distintas direcciones, volviendo cada año para jamás olvidar el cálido seno materno.

Una navidad, en la mesa familiar, la familia se rompió por un momento cuando Filomena saltó de la mesa angustiada y comenzó a preguntar dónde estaba y quienes eran los extraños junto a ella... había enfermado de Alzheimer.

La familia, destrozada, intentó lo imposible para disimular el suceso mientras pasaban juntos las fiestas. Al llegar año nuevo, ese momento quedaba como una anécdota extraña y cada hijo volvió a su sitio, quedándose solo su hija mayor, Margarita, con sus padres, en la misma ciudad.

A partir de ese día algo en la mente de Filomena decidió irse para siempre, y junto a la compañía de su marido y su hija, ella, con 90 años, se convirtió en una niña de nuevo. Preguntaba todo el día por sus padres y ya no reconocía a sus hijos ni a su esposo, el que decidió mudarse con su segunda hija. Él enfermó gravemente y, sin la compañía de su amada esposa, falleció un 7 de marzo del 2015; ella jamás lo supo, pero tampoco iba a saber de quién hablaban esos extraños a su alrededor que cuidaban de ella y le mostraban fotos de personas que no conocía, inventando historias descabelladas.

Sus padres no aparecían por ningún lado, ella misma recordaba que el día anterior corría libremente por los campos de maíz con una falda manchada de barro en un cuerpo joven, sano y fuerte mientras que hoy mismo estaba postrada en una cama, con arrugas en las manos, un cuerpo cansado y un cabello sua-

ve y blanco que caía frágilmente y se anudaba en una pequeña trenza que le hacía cada día una mujer madura y mayor, que la trataba como su hija y la llamaba Filomena.

Un día sus pulmones fallaron, ella tosía y llamaba a Melba entre balbuceos ya que ya no poseía habilidad del habla, ya casi era una bebé de nuevo, intentó moverse y al no tener fuerzas cayó de la cama rompiéndose el fémur. Emergencias la intervinieron y la trajeron al hospital público de la ciudad donde luego de enyesar su pierna la dejó recostada con oxígeno y suero en la cama 1, habitación 2, sala 1, en el pasillo de internación general, donde la conocí.

Yo, siendo una chica joven y madura de 19 años, me vi arrastrada por la depresión y al no poder contra una mente siniestra que no me quería con vida, decidí pedir ayuda en el hospital; luego de una semana de charlas diarias con el equipo médico y de visitas de dos seres queridos ya me sentía mejor para irme, pero no había día en el que, joven y curiosa, iba a ver a Filomena, que me recibía con una mirada perdida y sorprendida, me balbuceaba cosas y me pedía con la mirada que le ponga una almohada en la espalda o le dé un sorbo de agua.

Tuve muchas charlas con su hija Melba, quien me contó toda la historia de su familia y cómo fue que la mente de Filomena fue desapareciendo de a poco hasta no dejar rastros; ella se había convertido en su cuidadora con ya 80 años, mientras su madre ya tenía 97. El esposo de Melba también había fallecido años atrás y ella sólo esperaba que su madre partiera para partir ella también y poder volver a ver a su amado, quedarse con él por la eternidad como ella creía que era la muerte. Compartimos muchas charlas y, tiempo después, me pidieron que sea yo quien cuide a Filomena para darle un descanso a las agrietadas y cansadas manos de Melba. yo acepté con gusto ya que sus cuidadores anteriores la maltrataban por no saber qué quería o simplemente por no hacer caso.

Filomena a veces hablaba y cantaba canciones antiguas con letras pegajosas que ya no existían, pedía a gritos a su madre y padre o, a veces, volvía a ser ella misma y me contaba lo hermoso que era caminar de la mano con su amado que, a pesar de que no se lo hayan dicho, ella misma decía sentir que él ya había muerto.

Filomena nació, creció, amo y envejeció, y luego volvió a ser una niña. El resto de sus hijos no pudo verla muy seguido por la distancia y para ya no sufrir por alguien que no los reconocía, cosa que a mí me dolió más que ella; siempre estaba seria, sonreía al ver una rica banana pisada con miel o al jugar con su peluche favorito, o cuando llegaba Melba, a quien ahora llamaba Mamá.

Melba a veces lloraba inconsolable y luego se resignaba a lo que le había tocado, el ver a su madre irse en vida mientras ella aún necesitaba abrazarla... aun necesitaba una madre, una amiga, una compañera.

Un día, ella cerró los ojos. Yo me despedí de mil historias hermosas, lloré por haber perdido a una amiga que no sabía quién era, pero poco me importaba, descubrí que el dolor en la vida no es tan importante y que hay que amar siempre.

Con seguridad y fuerza, siempre amar.

Violeta Salazar



Cultura, sentimientos entrelazados

Con su mirada cansada, con los ojos que emiten tristeza, acompañado de su pensamiento incomprendido acerca del día a día en una sociedad hipócrita y prejuiciosa, se volvía más fuerte cada vez que estaba solo, y aun estando acompañado, en su mente se encontraba en un valle sombrío frente a un lago alumbrado por la luz de la luna, a la que él llamaba “soledad”.

Sus ojos se tornaban brillosos y lagrimosos, tal vez la luz de la luna en la medianoche desprendía nostalgia y melancolía a un hombre herido sentado en un asiento de un tren, donde los recuerdos y falsos pensamientos evocaban un nudo en la garganta de ese hombre.

Benicio, un chico de 23 años al que le molestaba la vida, se encontraba viajando un 9 de julio de 1984, desde Houston Texas a Washington DC. Al llegar a Washington tomaría su vuelo a Argentina.

Su personalidad era algo imposible de deducir. Siempre se vestía de negro, su pelo era castaño y ondulado como nido de pájaros, sus ojos marrones con unas pestañas extrañamente arqueadas, ¿qué mujer no las querría? Era tan alto como se lo imaginase, era delgado, vestía con una camisa a cuadros con pintas rojas, unos mocasines negros en punta y un jean ajustado al cuerpo, también negro y de estilo punk. Todo un candidato.

Benicio había estudiado en la escuela de medicina de Baylor. Se recibió como cirujano, y aprendió el español con ayuda de un gran amigo proveniente de España que había fallecido de cáncer hacía ya un año, Marcos, su único amigo. Él le había hablado de su sueño de conocer Argentina y sus culturas. Antes de fallecer, Benicio le prometió que cumpliría su deseo por él.

A su llegada a Washington, Benicio sacó de su billetera y observó una foto que reflejaba el rostro sonriente de su gran

amigo, Marcos.

–Amigo... pronto llegaré al país de tus sueños, conoceré su gente, sus comidas, en fin, su cultura

Benicio descubre unas lágrimas cayendo lento sobre sus mejillas ante el recuerdo de su amigo ausente.

El joven caminaba por las calles, mirando a las personas tomadas de la mano, niños corriendo sonrientes, perros y gatos paseándose de un lado al otro, humo saliendo de las chimeneas de las casas. Todo tan tranquilo, tan callado... había deseado que su amigo lo acompañase en esta experiencia de reconocer la felicidad en aquellos rostros.

Benicio no se da el tiempo para pasear y toma un taxi dirigiéndose al aeropuerto internacional Washington – Dulles, para tomar su vuelo a Buenos Aires que estaba a punto de salir.

Con un pie puesto en Buenos Aires, una chica que corría persiguiendo a un perro lo embiste provocando que cayera de espaldas con la maleta en mano.

–Uh qué mocaso, perdóname, se me escapó Tobi.

–Tranquila, no pasa nada señorita.

Su belleza lo deslumbró.

–¿Que acento tan raro, sos español?

–No, yo soy de Houston, vengo de Texas. Aprendí español de un viejo amigo.

–Ah mira vos... ¿y qué haces acá, en este país de mierda?

–Vine a trabajar y también cumplir el sueño de Marcos...

–Lamento decirte que no es tan lindo, yo más bien lo llamaría, mmm... pesadilla.

–Aun así, por favor ¿podría acompañarme a dar un paseo por el lugar?

–Dale, ¿y cómo te llamás?

–Me llamo Benicio, ¿y usted?

–Me llamo Eleanor, voy a enseñarte muchas cosas, así que seguime el paso.

Eleanor era tan alta como él, morocha, ojos marrones oscuros, vestía con prendas colores pastel, su cabello era largo hasta su cola y llevaba 20 años bien pulidos.

De la mano de la joven, Benicio recorrió los rincones de la ciudad.

–Vaya, joder, todos estos lugares son increíbles y muy lindos Eli, son demasiados llamativos.

–Te quedaste como un tonto del asombro

–Eli, algún día me encantaría poder llevarte a conocer el Paseo del río de San Antonio, es muy lindo por la noche, estoy seguro de que te encantará verlo. O al Kemah Boardwalk, donde me llevaba mi madre antes de fallecer...

Benicio se detiene dejando de hablar como si algo se lo impidiese, mirando a Eli con los ojos callados pero llenos de sentimientos y añoranzas del pasado.

–Beni, ¿estás bien? ¿Qué pasó con tu mamá?

–Si tranquila, ella... murió tras un accidente automovilístico junto a mi padre cuando yo tenía 18 años. Iban de compras al supermercado cuando un camión los embistió, murieron en el instante. Desde entonces viví solo, estudiando con los ahorros que ellos dejaron para mí, y un año después conocí a Marcos. Joder... me sentía muy solo y Marcos fue el único que me apoyó y acompañó en todo, él despertó mi esperanza de seguir con mis sueños compartiendo los suyos conmigo. Nos prometimos hacer muchas cosas juntos, pero el cáncer lo mató, el jodido cáncer...

Benicio deja soltar unas lágrimas frente a Eli, y ella lo abraza con mucha intensidad, él rompe en llanto desconsoladamente como una cascada dejando caer lo oculto que había en su interior, y se deja llevar en la calma de lo que puede otorgar un simple abrazo.

—Eli, quiero aprender más de ti, de tu ciudad, de cada lugar de este país, quiero llevar el sueño de Marcos lo más lejos posible, y quiero que sea contigo. Hace bastante tiempo no me siento tan a gusto, me siento como en casa. Contigo aprendí que el arte no sólo se cuelga en cuadros, sino que se encuentra en carne y hueso, siendo la pintura tú misma, pintando mi tristeza de alegría y tapando mi depresión con miradas de asombro. ¿Sabes qué?, El valle de la soledad se está colmando de rosas, la luna se vuelve el sol, y tu torpeza abrió la celda de mi mente con una llave a la que le llamo “tu sonrisa”.

Eleanor se encuentra petrificada sin poder decir una palabra, mirándolo con los ojos brillosos y una gran sonrisa en su hermoso rostro.

—Vale... ya es de noche, Eli, debería conseguir hospedaje en alguna parte, debo presentarme a mi nuevo trabajo recién en unas semanas. Así que, si te parece, podríamos volver a vernos nuevamente.

—De hecho, vivo a unas cuadras de acá, ¿Quieres venir a cenar? Hace mucho no vienen mis amigos a casa, solo he estado con Tobi.

—Oh, vale entiendo, está bien si es que no causo ninguna molestia.

—No, tonto.

Luego de unos minutos llegan a casa de Eleanor.

–Bueno no es mucho... pero acá vivo.

–Es bastante, has hecho bastante por mí hoy, aun sin conocerme.

– Voy a preparar la comida, te voy a hacer unas empanadas, que van estar ricasas, te van a gustar. Mientras tanto vos podés servir para algo y cebarme unos mates.

–¿Mates?

Eli le enseña qué es el mate a Benicio y le muestra cómo se prepara. Ya era de noche, estaba muy frío y comenzaba a llover torrencialmente. La luz de la luna pareciera perseguir la sombra de Benicio a donde él iba e intentaba escabullirse entre el nublado cielo.

–¿Dónde están tus padres, Eli?

–Ellos viven en Neuquén, una provincia de Argentina. Mirá, te cuento: Argentina se compone por 23 provincias, cada una tiene su cultura y su “tonada” que es la forma de hablar, pronunciar las palabras, así como tu acento. Yo soy cordobesa, me crié en Córdoba juntos con mis viejos, cuando terminé el secundario me compraron esta casa acá en Buenos Aires para poder estudiar en una buena universidad, y me vine a vivir sola con Tobi, ellos se fueron para el sur porque allá es tranquila la vida, mucho más que acá. Cuando termine los estudios quiero conocer el norte: Salta, Tucumán, Chaco, todas esas provincias llenas de tanta cultura y tradiciones ¡bien nortañas!

–Tenemos algo en común entonces, el querer conocer más de lo que ya sabemos, aprender y seguir creciendo. ¿Quién dice que no podemos hacerlo juntos?

–Sería un placer hacerlo con un tipo tan agradable como vos. Beni, yo también tenía una mejor amiga, se llamaba Grace,

ella fue asesinada, la mataron por un celular y unas zapatillas. Los asesinos no aparecieron nunca, y la justicia en este país no actúa como se debe, no aplican lo necesario, lo correcto. No te imaginás la impotencia, la tristeza que se siente con todo esto, saber que ella nunca va a descansar en paz, que las mujeres sean abusadas y asesinadas sin control, que los niños no puedan crecer en un ambiente sano y saludable, que no se respete la igualdad de género, que nadie pueda soltarse de sus amarres y volar con los ojos abiertos...

Ella comienza a llorar y Benicio le da un fuerte abrazo calmando su tristeza, durmiendo su mente, cuidándola de sí misma. Le brindaba esa paz que nunca había tenido.

—Tranquila Eli, todo va a estar bien. Puedes desahogarte conmigo, no te preocupes... De donde vengo no pasan esas cosas, la justicia realmente actúa como se debe, si alguien mata a otra persona, recibe una condena de muerte, o perpetua. Los salarios son justos para todos los tipos de trabajadores, la gente se ayuda entre sí, son muy humildes y se cuidan entre ellos, aunque también están esos malnacidos que se creen superiores.

—Suena bastante bien, Beni...

—Odio las rutinas, Eli, salir a la calle y ver a la gente moviéndose de un lado a otro, apurada, cansada, triste, sin saber qué quieren, sus mentes estas ocupadas todo el tiempo y no pueden ver realmente lo que está simplemente frente a sus ojos: conocimiento, felicidad, grandeza, el mundo es tan amplio es tan... impredecible.

Benicio deja de hablar y se nota una gran impotencia en su rostro:

—Creo que lo verdaderamente increíble y maravilloso está

en lo simple, en lo que no sabemos prestar demasiada atención, en lo que dejamos de lado, debemos aprender a valorar más las cosas. Marcos pensaba de esa manera, no dejaba que nadie cambiase su punto de vista, se aferraba a su pensamiento como un pirata a un pedazo de oro.

–Debió haber sido un gran chico Beni.

–Lo fue...

Luego de una gran charla, Benicio y Eleanor cenan bajo la misma luz de la luna, bajo las mismas estrellas, el mismo techo y con un gran sentimiento en común.

Benicio ayuda a lavar los platos y utensilios mientras no paran de hablar y reírse sobre los nuevos gustos por la comida argentina, y sus lindos paisajes. Eleanor destapa un buen vino proveniente de Mendoza, sirve dos copas sutilmente y le da una de ellas a Benicio.

–Brindemos por nuestra historia, nuestro encuentro, y lo que está por venir.

–Brindemos, Eli, porque a pesar de ser tan distintos, al mismo tiempo somos tan parecidos e iguales, porque nuestros sentimientos hacen que nuestra cultura se entrelace haciéndonos uno solo, aprendiendo a pensar juntos.

Luego del brindis, Eleanor besa a Benicio, haciendo de su pequeña cena una gran velada, sus cuerpos temblorosos terminan en la cama, entrelazando sueños, pensamientos, sentimientos. Sus manos apretadas, sus cuerpos convertidos en ríos inexplorados, derritiéndose bajo el calor de sus mantos tristes, sus recuerdos desaparecían, ya no pensaban, ahora sólo amaban.

Era de mañana, el sol pegaba en los rostros callados y sonrientes de dos jóvenes que habían pasado de ser totales desconocidos, a serlo todo, en tan solo un día y una noche.

–Beni, despertate, levántate rápido, dale.

–Buenos días, Eleanor, ¿cómo has dormido?

–Yo bien, hay que prepararnos rápido, tenemos una entrada para ver una banda de cuarteto, te va a gustar, es música rítmica, te voy hacer bailar como nunca, ya vas a ver.

–¿Cuarteto?

–Sí, y después vamos a ir a comer unas tortas fritas con unos amigos y compañeros de la universidad, ya está empezando tu gran aventura por la Argentina, ¿y lo mejor de todo?, yo soy tu gran compañera en este viaje de nuevos conocimientos.

Benicio escucha atentamente, y en su mente se dice así mismo: “allá voy, mi gran amigo, a por lo nuestro, a por tus sueños”.

Ezequiel Martínez



Una nueva vida

Me sentía muy frustrado. Decidí irme a otro lugar. A la Argentina. Allí conocí mucha gente buena y amable. Tanto así que algunos me aceptaron y otros no. En el lugar donde vivía pasaba muchas necesidades, no podía lograr lo que quería: ser abogado. Tuve que adaptarme a todo, hasta soportar a una señora que se burlaba de mí y me decía que vuelva de donde vine. Eso fue muy penoso; su palabra duele. Tuve que separarme y perdonar porque no hubiese sido justo que le conteste.

Aneudis Antonio Díaz

¡¡¡AMARILLO, AZUL Y ROJO!!!

Tenemos el mismo idioma, pero lo que nosotros no tenemos es la paz. Nos fuimos para alejarnos de la pobreza, la inseguridad y la injusticia, pero también nos fuimos para dejar el dolor atrás.

Antonella Rotelli

Noches de bares

Una noche de lluvia y nostalgia, decidí salir a un bar. Entré. Me senté a escuchar un blues que me recordaba las miserias de mi pasada vida. Mientras esperaba un trago que un mozo preparaba, oía la música y con cada melodía volaba muy lejos y pensaba en los viejos y buenos recuerdos contados que quedaron en mi mente. Mucha gente entraba al bar, si al pasar se cruzaban miradas era porque algo en común tenían. Si no, sólo una mirada pasaba por segundos y se perdía dentro de ese lugar. También cada brisa era una nueva copa y charla, si es que la noche nos permitía hablar o sólo observar. Las horas pasaban y sabía que terminaría, como cada noche en un bar. Hasta que anulé mis pensamientos. Pero tocó una banda extranjera que hacía blues de los 60'. Hizo vibrar mis tímpanos, cada sonido de cada instrumento cada vez me llegaba más. Tocaron un viejo tema que, al escuchar, me recordaba una vieja historia que me había atormentado durante años. Cuando terminaron de tocar, se acercó uno de los extranjeros de la banda con un trago que era rojo, como mi sangre. Cuando mi cicatriz no sanaba se alcanzaba a ver esa parte de mí. Nos reíamos, la verdad no sé de qué. Me alegré de no ser la única loca en un bar. Recuerdo haber cruzado unas palabras. Dijo “Los locos armamos el camino para que los sabios lo transiten”. Reí. Le pasé la copa y saqué otra ronda. Al final sólo le dije “Necesito de alguien que no necesite de mí”. Las horas pasaron y tanto trago llegó a mi cabeza y estómago. Tuve que correr al baño. Fui lo más rápido que mis piernas podían. Cuando volví de las dos cosas que necesité esa noche, sólo me quedó el blues.

Ada Hernández

La extranjera

Fuiste obligada a abandonar tu país en busca de un mejor porvenir económico, dejando atrás lo máspreciado que puede tener una mujer. Allí quedaron tus seres queridos: padres, hermanos, sobrinos, amigos y lo que habías construido.

A tu corta edad tuviste que migrar y tratar de adaptarte a las costumbres. La forma de hablar se te hizo muy difícil, pero tenías que hacerlo para sobrevivir. Pasaste frío, hambre y, lo peor, mucha soledad. Lloraste. Aguantaste con la única ilusión de un día volver.

Trabajaste en lo que sabías hacer. Lo más básico, ya que no estabas preparada y no tenías documentación del país. Te sentiste a veces incomprendida y rechazada. No permitiste que te doliera porque te parecía normal, ya que en tu país lo habías vivido. Lo mejor fue que eso no te afectó, porque supiste los valores que tiene la vida.

Pasados los años, poco a poco te fuiste construyendo. Conociste hermosas personas. Te hiciste de muchos y buenos amigos.

Los años y la distancia no han logrado hacerte olvidar lo máspreciado que ha quedado tan lejos.

Hoy, no puedes dejar de emocionarte y sentir orgullo al cantar los bellos himnos, respetando con todo tu ser los símbolos patrios. Tu corazón está dividido en dos.

Margarita Salamanca

Por qué nunca me quiso...

Era una mañana de verano hermosa en aquel lugar donde habíamos llegado desde lejos. Los pajaritos cantaban, las palomas volaban bajo, todo ese paisaje era lindo, casi podía sentir el aroma fresco de las frutas, los árboles, las plantas y las mariposas volaban muy cerca de mí. Yo me levantaba todos los días casi a la misma hora, ya había tendido las camas de mis hermanos, sólo faltaba barrer. Teníamos un canal cerca de esa humilde casa, donde fui a mojar la escoba; al volver veo a mi madre y mis hermanos y ella me dice: “¡dale, apurate!” Mis pasos eran cada vez más lentos, en su mirada sólo había odio y maldad. Le tenía mucho miedo. Cuando llego a ella me empuja y me quita la escoba de mi mano diciéndome: “¡hoy no limpias!” Mi cuerpo temblaba, como pude le pregunté por qué y me dijo: “porque es tu cumpleaños, pero sólo por hoy”. Me di vuelta y me fui al canal. Me senté mirando el agua correr. Una lágrima corrió por mi mejilla.

Marisa R. Ñancufil

Mi amiga

La conocí hace mucho tiempo, siempre fuimos muy unidas; entre las dos no teníamos secretos. Éramos como hermanas, las dos contra el mundo y sus problemas. Pero ese día recuerdo que me desperté por la mañana con ganas de verla y decirle “feliz cumpleaños”. Me levanté de un brinco, me alisté rápido y me dirigí a su casa.

Al llegar me encontré con que ella y su familia no estaban ahí. Miré al cielo y vi como las aves volaban hacia el sur. No supe más de ella... sólo lo que usted me contó.

Priscila Benítez

El cartero

Siempre deseo volver a ese lugar donde charlamos y compartimos risas, el banquito de siempre, la parada del cole. Esperando al cartero, que todas las semanas después de las 18 dejaba ese paquete que alegraba a los chicos al salir de la escuela.

En lo raro de todo y en el transcurso del tiempo, ese cartero amigo dejó de pasar y la desesperación cada vez crecía más y más. Era desesperación de sentarse y esperar. Era todo lo que hacía.

Al pasar los días el cartero volvió a aparecer en la plaza donde todos los chicos, incluidos mi amigo y yo, ansiosos esperábamos su regreso. Fueron tantos los días de crisis que pasaron por mi cabeza, dura y fría, que verlo llegar me hizo olvidar de esas noches de abstinencia que no me dejaban dormir.

De sólo olfatearla de un saque, se me erizó la piel, deseando estar siempre cerca de ella y nunca perderla. Esperando la próxima visita del cartero que, pensándolo bien, no es tan amigo. ¿Qué clase de amigo me dejaría en soledad por tanto tiempo? En fin, su regreso nos alegró.

Poco nos duró esa alegría pues a la semana siguiente volvimos a sufrir su ausencia. ¿Qué pasará con este sujeto, que tan extrañamente le falla a su mejor cliente? Fue entonces que decidí dejar la plaza e ir tras el desaparecido. Después de mucho investigar, logré llegar al albergue de la calle 4, donde no estaba. Pasaron los días, pasaron largas noches de insomnio y yo seguía sin ubicar al cartero. Quise probar suerte, y volví a la dirección que me habían pasado. Esta vez lo encontré. Con cara de asombro me saludó y me invitó a pasar a su habitación. Colgada encima de su cama, una bandera de Colombia. Sacó de la heladera una cerveza fría, la que motivó una extensa charla. Me contó que nació en Medellín pero que a los pocos años se mudó

con sus padres a la ciudad de Cali, donde conoció a la madre de sus hijos. Una fuerte crisis económica hizo que tenga que viajar a Buenos Aires y dejar a su familia en Colombia, quienes esperaban que él consiga un buen trabajo y un buen lugar para establecerse y volver a comenzar. Sin embargo, el panorama fue muy distinto. El sueldo que ganaba como cartero no era suficiente para mantenerlo a él ni a su familia. Por lo que decidió tomar el camino fácil, pero arriesgado. Ese camino que me llevó a conocerlo. Me contó que hace un mes que consiguió un mejor empleo y que por esa razón dejó de ir a la plaza y de trabajar como cartero.

Ahora comprendo el sacrificio y los riesgos que tuvo que correr por las personas que ama. Ojalá pudiera sentir ese amor por alguien. Sólo me queda volver a la plaza y esperar al nuevo cartero que llegará con la entrega especial.

Matías Franco



Un loco

Hace un mes vine por trabajo a Argentina y por otras razones, para alejarme de amistades y poder progresar. Pero me cuesta adaptarme a las nuevas costumbres, nuevas miradas, porque me miran raro o me llaman por un apodo, nunca por mi nombre, siento que todos me tienen desconfianza, no puedo encontrar un alquiler. Todavía no tengo una cama. Me cuesta comunicarme con mi familia, me siento un solitario loco.

Nazarena Ailén Rivera

Escapar a un lugar mejor

Subimos a una balsa con mi familia y muchos más. Mejor dicho, los que pudieron subir. No entiendo por qué mamá quiere dar un paseo, yo tengo frío y hambre. No quiero, me quiero bajar, estoy apretado.

Las olas, cada vez más altas golpean con fuerza. Mi mamá está asustada, nos abraza muy fuerte. Tengo miedo. La gente grita y yo ya no logro ver dónde se fue mi mamá, el agua está helada. Mi hermano tampoco está. Ya no siento nada tendido en la arena. No critiquen a mi mamá, ella creyó más segura la balsa que quedarnos en nuestra tierra.

Silvina Riquelme

Al paso del tiempo

Una madre pasó a su hija de contrabando a la Argentina sin documentación, fue hace treinta años, cuando tenía siete años de edad.

Hoy tiene su familia acá, nunca más volvió, nunca más nadie habló del tema, aunque ella siempre dudó de su identidad, de dónde venía y a quién más se parecía de su familia.

Camila Salazar

El ave inmigrante

Una pequeña niña miraba atentamente un árbol. Luego de unas horas se dio cuenta de que se movía algo en una rama. Notó ahí un pajarito que nunca había visto. Le contó a su amiga, hace un año, y no le creyó. Luego de cuatro años, su amiga también lo vio. Juntas notaron que el pajarito de aquella vez inmigraba cada año, nunca contaron nada, pero todos notaban que algo ocultaban las pequeñas niñas.

Daiana Basaur

Amigo

Llegaste en brazos de tu joven madre y abuela en una balsa precaria, rodeados de gente de tu país, me contabas, cruzaron la frontera con tus llantos hambrientos de un niño pequeño lleno de vida.

Creciste, sobreviviste, supiste entender la vida como nadie, me enseñaste a no rendirme ante cada situación, odiaré por siempre el día en que el cáncer tocó a tu puerta, que fuerte eras, siempre dijimos que lucharíamos juntos hasta el final. Cuántos momentos de felicidad vividos. Qué gran amigo sos, de esos que aman sin miedo alguno.

19 años recién cumplidos, estás tan joven y sonriente como siempre. “Alucinante”, dijiste al verme venir, como de costumbre. Te regalé una de tus guitarras favoritas, juntos tocamos nuestras canciones. Escuché todas esas notas sostenerse, luego quedar en el aire y desaparecer lentamente. Decías que los sueños siempre pueden hacerse realidad, ojalá esté fuera uno de éstos, pero apurate, dame un abrazo que ya estoy por despertar.

Facundo Sieben

Inmigrantes / Invasidos

En el antiguo Egipto existían cientos de miles de animales que, al ver sus ríos invadidos por dinosaurios, inmigraron hacia el oriente, donde los primeros civilizados cazaban feroces animales. Estos individuos cazaban en manada, como costumbre; al construir templos y verlos destruidos por los dinosaurios, sembraron cierto resentimiento hacia ellos, al igual que los animales silvestres; estos últimos estaban al resguardo de los hombres, principalmente del faraón quien, preocupado por el hombre y el temor que acechaba en las costas del río Nilo, adoptó y protegió a cada una de las numerosas especies. Entre ellas se encontraba el león y los cocodrilos, pero ninguno tan temido como los dinosaurios que, por sus características de menor o mayor altura, con sus huellas gigantescas causaban temor en las zonas de la costa.

A pesar del miedo en el que estaban sumergidos, las civilizaciones eran tan sabias como la misma naturaleza. Los dioses vieron el gesto de bondad que habían tenido con los animales. Pero la naturaleza envió un meteoro más destructivo que los dinosaurios, demostrando su furia y su fuerza acabó con todas estas bestias que atormentaban tanto a los cazadores como a los cazados, poniendo fin a unos de los animales más aterradores del planeta. Fueron expulsados por las mismas cualidades que los hacían únicos.

Al otro día, soplaban las nubes grises que el fuego dejó. Las civilizaciones mostraron su amor e interés por el prójimo, dando cuenta de ser grandes por su forma de pensar y amar. Dejaron una gran lección.

Daniela Cornuz

De otras maestras...

Mi infancia entre chacras empezó casi como a los 9 años... yo antes tuve otra infancia, una primera en un país vecino y un poquito tiempo en otros hogares no propios...

Cuando una es pequeña y cambia de lugar para vivir, no termina mucho de darse cuenta sola de esos cambios... aunque son enormes... el tiempo y la distancia no son muy medibles... excepto por los dolores...

Y ni hablar si lo que se cambia es de país, un país tan cerquita, tan parecido, tan vecino... ¡¡¡sólo una cordillera que hace de tapial y todo lo que puede cambiar!!! Solo sé que me subieron a un colectivo, que me dijeron que mis primos, tíos y abuelos se quedaban y que nosotras nos íbamos lejos, donde papá tenía trabajo, sólo un par de valijas, un televisor viejo, algo de ropa, mi mamá, mi hermana y yo... y muchas horas de viaje... otra ciudad, otro país, otro mundo.

La ciudad nos recibió en una casa prestada muy oscura, sin muebles y con mucho frío. Y mi mamá que lloraba, y extrañaba, y caminaba cientos de calles para encontrarme una escuela. Era agosto... no era fecha de que una niña pequeña cambiara de escuela, y menos en tercer grado, y menos si venía de otro país. Sólo después supe que además esos dos países, el mío de origen y el que estaba intentando habitar, habían estado muy cerca de un conflicto bélico meses antes no más, y parece que yo tenía algo de responsabilidad al respecto.

Al final la escuela apareció, y una maestra que acepto "educarme" estuvo allí presente en mi vida. Que yo no sabía hablar bien, que no me sabía las tablas, ni dividir ni multiplicar, le dijeron a mi mamá... que estaba a prueba una semana, le dijeron... y ella aceptó, claro, y confió en mis capacidades también... me enseñó todo lo que sabía y más, y me preparó para la evalua-

ción... aun hoy no sé cómo aprendí tanto en tan poco tiempo. Lo que sí sé que aprendí y muy rápido fue a adaptarme, a obedecer, a portarme bien, y a repetir y repetir números y letras y sonidos como lora... la tabla del 8 dicha frente a todos mis compañeros para que aprendiera a decir bien la “CH” es de lo que más me acuerdo.

Era la “rara”, la “diferente”, la “extranjera”, que presentaba algún tipo de peligro territorial, mis compañeros y compañeras respondieron a esos mandatos de la maestra y por una año y medio se dedicaron con mucho ingenio a realizarme todo tipo de “bromas” ... se me perdía la cartuchera, me desinflan las ruedas de la bicicleta, me decían todo tipo de apodos... claro que no coseché ningún tipo de amigas en esa escuela.

Debe de haber sido por eso que los pocos años de la casa entre las chacras fueron los más felices de mi infancia... sólo cien números menos y la Escuela 107 fue otro mundo para mí. Lejos del centro de la ciudad, vieja escuela rural agrandada por una tira de aulas, albergaba a muchas familias como la mía. Éramos muchos los niños y niñas extranjeros juntos en esa escuela, y las maestras nos querían así, diferentes. Mi maestra de quinto fue la primera en recibirme con una sonrisa grande, la de música descubrió que yo cantaba bien y me hizo participar en el coro y con él asistir a cantidad de encuentros corales en la ciudad, la de matemática era la más temida por todos, pero sorprendentemente para mí, yo era una de sus elegidas y hasta quiso que aun con mi nacionalidad extranjera me pusieran en la bandera, la escuela era apadrinada por el ejército y eso era impensado en tiempos donde la nacionalidad era pretexto de guerra. Muchas imágenes de recuerdos disfrutados vienen a mi mente de esa época.

Alguna vez alguien me dijo que mi profesión yo la había elegido para sanar toda esa historia institucional mía. Y eso, para mí, sólo fue palpable cuando ya muchos años después, con

sus primeras letras, Felipe, de 6 años, recién llegado de mi mismo país de origen, escribió AAOO a un tobogán argentino... y yo, enorgullecida de mis raíces, pude leerle su palabra: RAS-CAPOTO... Las risas fueron de todos los nenes de ese primer grado que no entendían por qué a la seño se le escapaban las lágrimas.

Sandra Fierro Vallejos



Indice

Palabras de la Ministra de Educación de la Provincia del Neuquén	3
“Migrantes en el Siglo XXI”, edición 2019, por Dr. Ricardo Leszczynski	5
Presentación a “Migrantes en el Siglo XXI”, edición 2019 por Ricardo Koon, Nazarena Monsierra, Tomás Watkins	7
Soy Sarabí... soy Adeline. Por Judith Canario	9
El Dragón. Por Martina Sandoval	15
Porque ahora si. Por Melina Antonella Chamorro	23
Silencio Americano. Por María de los Ángeles Sisterna	31
La Dominicana. Por María de los Ángeles Quilapi, Karen García, Yoana Constanzo	33
Caminando entre humanos, sin humanidad. Por Abril Fernández Henoch	37
Otra forma de vida desconocida. Por Romina Celeste Ñanco	43
Osna. Por Manuel Díaz	49
Ponele el hombro. Por Leonor Baeza	53
Juntos. Por Alexis Gian Luca Cervetti	57

Recordándote como si fuera ayer. Por Rocío Leonella Jara	61
Filomena. Por Violeta Salazar	65
Cultura, sentimientos entrelazados. Por Ezequiel Martínez	71
Una buena vida. Por Aneudis Antonio Díaz	79
¡¡¡Amarillo, azul, rojo!!! Por Antonella Rotelli	80
Noches de bares. Por Ada Hernández	81
La extranjera. Por Margarita Salamanca	82
Porqué nunca me quiso. Por Marisa R. Ñancuñil	83
Mi amiga. Por Priscila Benítez	84
El cartero. Por Matías Franco	85
Un loco. Por Nazarena Ailén Rivera	87
Escapar a un lugar mejor. Por Silvina Riquelme	88
Al paso del tiempo. Por Camila Salazar	89
El ave inmigrante. Por Daiana Basaur	90
Amigo. Por Facundo Sieben	91
Inmigrantes/ invadidos. Por Daniela Cornuz	92
De otras maestras. Por Sandra Fierro Vallejos	93



Este volumen fue impreso en Neuquén Capital
para el Centro Editor en Diciembre de 2020

El **Centro Editor** es la editorial del **Centro de Documentación e Información Educativa Alicia Pifarré**, dependiente del **Consejo Provincial de Educación**.

Nuestro catálogo se compone de obras producidas en Neuquén destinadas a la comunidad educativa.

Deseamos que este ejemplar sea de tu agrado:
ahora está en tus manos.

